

684 239 934 654

Biblioteca
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LAJAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



EL REY MARTIR.

Drama trágico en cuatro actos y en verso, original de D. FRANCISCO LUIS DE RETES,
para representarse en el teatro del drama el año de 1849.

PERSONAS.

LA REINA GOSVINDA. ARISBERTO.
INGUNDA. UN MENSAGERO.
LEOVIGILDO. UN GUARDIA.
HERMENEGILDO. EL VERDUGO, *no habla.*
RECAREDO.
Guardias, Caballeros godos, soldados.

Siglo VI.

ACTO PRIMERO,

Salon en el alcázar de Toledo. Puerta grande al fondo:
á la derecha del espectador, la puerta de la cámara de la
reina: á la izquierda una ventana.

ESCENA PRIMERA.

ARISBERTO, solo, *después GOSVINDA.*

ARIS. ¡Qué confusion! ¡qué afán! á las entradas
(*mirando por la ventana.*)

de la iglesia la plebe se amontona,
y apenas basta á contener su anhelo
la doble hilera que su paso estorba.
(*vuélvese y ve á Gosvinda á la entrada.*)
La Reina! (se arroja.)

Gos. Alzate, esclavo.

ARIS. En tu presencia!
Gos. La reina te concede tanta honra
de hoy para siempre.

ARIS. Si mi lengua puede
alzar una demanda respetuosa,
dirá que, ¿cómo en semejante día
no asistes á la augusta ceremonia,
hoy que su mano real dá Hermenegildo
á Ingunda, siendo tú del rey esposa?

Gos. ¡Siendo esposa del rey! ¡oh! cuán pesada
le parece á mi frente esta corona!

ARIS. Reina!

Gos. Ven, Arisberto; tú que sabes
del modo de curar la ciencia docta,
tú que lees en el curso de los astros,
y en las yerbas sorprendes las recónditas
virtudes que el Señor puso en su seno,
ven, y mirame bien; mira las órbitas
de mis marchitos ojos encendidas,
toca mi mano ardiente, temblorosa,
escucha al corazón latir violento,
por fiebre que incesante le sofoca.

ARIS. Qué dices? Corto es mi saber, mas todo
tu esclavo fiel le empleará, señora.

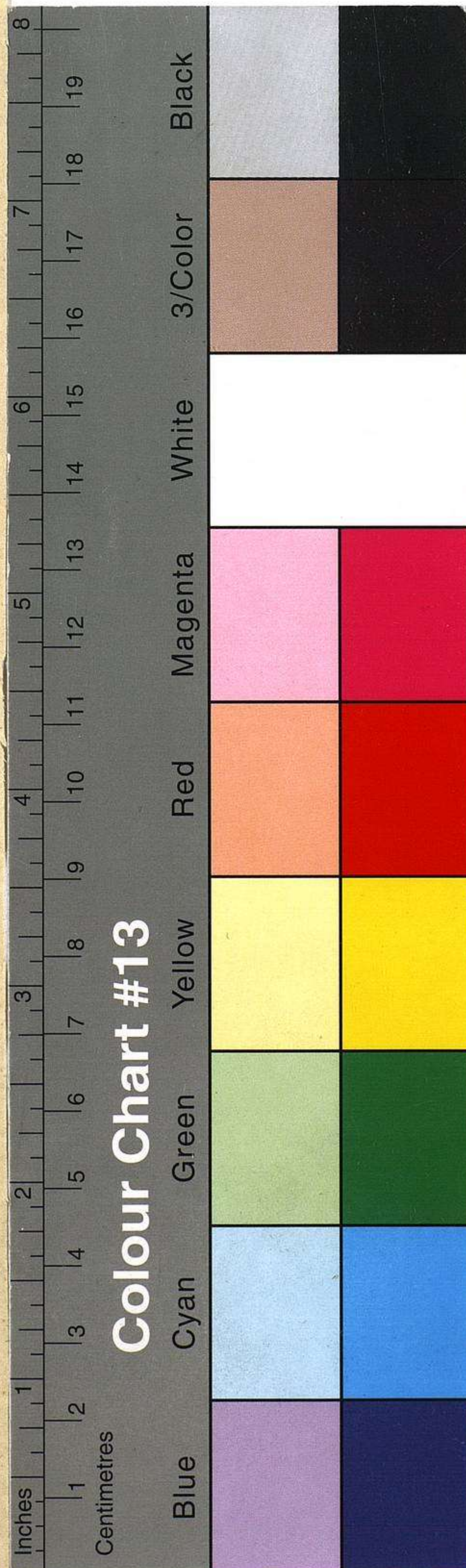
Gos. Si es tu poder tan grande que el impulso
de las pasiones y deseos logras
contener; hoy la reina te promete
lo que mas tus deseos ambicionan.

ARIS. Mi libertad!

Gos. Tu libertad, esclavo;
mas para que eficaz remedio ponga
tu ciencia, será fuerza que mis males
escuches, Arisberto, de mi boca.
Los lazos del secreto formidable
que á unirme van á ti, pueden tu próxima
felicidad labrar; mas si insensato
usas de él, en tus hombros breves horas
tu cabeza tendrás; esclavo, elige,
libertad ó morir.

ARIS. ¿Quieres que escoja?
Facil es la eleccion; que el cielo airado
derrame sobre mi su justa cólera,
si infiel esclavo á mi señora vendo.
Habla, que escucho ya.

Gos. Triste, espantosa,
del crimen en las sombras encubierta
vá Arisberto leal, á ser mi historia.
Sabes que cuando el rey Atanagildo



Colour Chart #13

á la tumba bajó, dejando sola
y á viles ambiciosos entregada
esta noble nacion, el alma heróica
de Fonda, pudo en tan cruel conflicto
detener la borrasca tumultuosa,
á Liuva dando el eminente sólio
y el régio cetro de la raza goda?

ARIS. Si, reina, y sé que el indolente Liuva
desmintiendo el origen de la honrosa
alcurnia y régia estirpe de los Baltos,
sostuvo un año apenas la corona;
dejando el sólio godo á Leovigildo
su hermano.

Gos. A Leovigildo, de Teodosia
viudo.

ARIS. Con quien ante el altar sagrado,
viuda de Atanagildo, las antorchas
encendiste feliz del himeneo.

Gos. ¡Funesto dia el de mis régias bodas!

ARIS. El trono vacilante, respetado,
firme y seguro Leovigildo torna;
derrota del imperio una y mil veces
las guerreras legiones victoriosas.
Toma á Baeza, su triunfante ejército
sobre Medina su pendon tremola,
y á Ariomiro, rey suevo de Galicia
á una trégua le obliga vergonzosa.
Oróspeda, los Rústicos, Sabaria,
y la Aquitania de su altiva gloria
fiel testimonio dan, ahora en Gascuña
sustenta sus legiones vencedoras.

Gos. ¡Gran rey! ¡heróico príncipe!

¡Ch Arisberto!
oh! mi siervo leal, esa aureola
de su frente al ceñirse á mi cabeza,
como cerco de fuego la devora.

ARIS. Reina!

Gos. Y Hermenegildo?

ARIS. En el ejército
compañero gentil de sus victorias,
su hijo Hermenegildo, su cabeza
con los marciales lauros mas adorna
que el padre; por do quiera su renombre
va estendiendo la fama voladora;
contra los imperiales, con triunfante,
con merecido lauro se corona,
y en premio Leovigildo, su diadema
con él divide, y sus insignias todas.

Gos. Para estrechar los amistosos vínculos
con Francia, Leovigildo por esposa
dá Hermenegildo, á Ingunda, noble hija
de Sigisberto de Lorena.

ARIS. Bodas
que se estan celebrando; pero reina,
todo eso que me dices, hasta ahora...

Gos. Ocultarme quisiera de la lumbre
de ese sol que ilumina mi deshonra.

ARIS. Tu deshonra! ¿qué dices? ah! tus manos
quizá lintas en sangre...

Gos. No: la aurora
que hoy ha anunciado el resplandor del dia,
pura me vió de culpa tan odiosa,
pero si el corazon está manchado,
qué esten las manos puras, ¡ah qué importa?

ARIS. Tal vez un hechicero tu enemigo
indujo contra ti su arte diabólica.

Gos. Un hechicero, si; mas no contrario,
amigo es quien mis penas ocasiona.

ARIS. Di; ¿quizá Leovigildo te ha ofendido?

Gos. La ofensa mas que mia es suya propia.
Oyelo, porque es fuerza; así, Arisberto,
darás alivio... mas, ¿por qué tu boca
no puede pronunciar mi desventura
y el rubor de decirlo así me ahorras?

ARIS. Pero concluye. (óyese rumor.)

Gos. Escucha, esos rumores
por qué son?

ARIS. Es la plebe, que gozosa
(asomándose á la ventana.)

á los nuevos esposos victorea,
que vuelven de la augusta ceremonia.

Gos. Ves á esa joven que el hijar oprime
de ese dócil corcel? Es muy hermosa,
¿no es verdad?

ARIS. Es Ingunda.

Gos. Bien; pues esa,
la terrible, la bárbara ponzoña
de los celos traidores, en mi seno
incauta derramó, porque ella ignora
que á ese doncel que á su siniestra mano
camina erguido, cuya frente adorna
la corona real, su vil madrastra
con frenesi desesperado adora.

ARIS. A Hermenegildo!

Gos. Si, ese es, esclavo,
el secreto que siempre cuidadosa
tu lengua ha de guardar; ahora, dime,
dime, responde sin temor ahora,
¿dónde el remedio está? Búscale, siervo.
¿Riquezas quieres? Cuantas amontona
en su seno la Iberia, cuantas cria
las arenas del Tajo, tuyas todas,
todas tuyas serán; si honores, cargos,
dignidades y empleos ambicionas,
yo tan grande te haré, que no haya uno
superior á tu misera persona.

ARIS. Difícil es, oh reina, lo que anhelas;
no habrá en la ciencia filtros, ni habrá drogas,
para curar tu padecer, la magia
tal vez oculte en sus siniestras sombras
el secreto de hacer que Hermenegildo
comprenda tu pasión; espera la hora,
que la hora llegará.

Gos. Bien, ya se acercan;
oh! Arisberto! ¿qué ufana! qué gozosa
llega Ingunda!

ARIS. Detente, no demuestres
esa fiebre infernal que te devora.

ESCENA II.

Dichos, HERMENEGILDO, INGUNDA, caballeros godos
por el fondo.

HER. Id, señores, marchad; y á ese entusiasta
pueblo que con sus videntes abona
su firme lealtad, en nuestro nombre
dad gracias, y decidle que si tornan
otra vez á inquietar nuestras fronteras
del imperio las huestes belicosas,
conduciremos el pendon triunfante
de la nacion Ibérica hasta Roma.

(vanse algunos caballeros godos; á Ingunda.)

Ven, Ingunda; los plácidos deseos
de nuestro corazon, ya se coronan
con éxito feliz; claro, tranquilo,
el dia luce, y la sagrada antorcha
del dichoso himeneo resplandece
cada vez mas radiante, mas hermosa.

(á Gostinda.)

¿Aquí, señora, estás? Hanme anunciado á mi regreso, que al nacer la aurora, halláronte en tu cámara, del lecho fuera, postrada por mortal congoja.

GOS. Si, Hermenegildo, si; vértigo horrible en sueños me asaltó; mas breves horas duró; ya estoy mejor; eso ha impedido que asistiera á la santa ceremonia que os hace tan dichosos; ven, Ingunda, responde, ¿no es verdad que eres dichosa?

ING. Oh! mucho, mucho, si.

GOS. Cuando el rey traiga

de Gasuña sus huestes triunfadoras, grande placer recibirá en su pecho al ver que si por fuera la victoria le sonríe feliz, en el recinto de la familia, la fortuna an-siosa tambien de sus venturas nuevos goces de doméstico amor le proporciona.

HER. Oh! si, mi padre, cuyo real cariño limites no halla para mi, atesora en su gran corazon para sus hijos el amor que comparte con su esposa.

GOS. (No puedo mas, su tierno amor, su dicha mi exasperado corazon destrozan.) Hermenegildo, adios, á mi aposento (alto.) á retirarme voy.

HER. A Dios, señora.

GOS. Ven, Arisberto, ven. (vanse por la derecha.)

HER. Ahora, señores,

(á los que se han quedado.)

mi voluntad al pueblo haced notoria; á cien esclavos libertad concedo, doy mil maravillas de limosna por mi, y á mas quinientos en el nombre de la princesa, mi adorada esposa, para que el pueblo con placer recuerde el dia escelso de mis régias bodas.

(vanse los caballeros.)

ESCENA III.

HERMENEGILDO, INGUNDA.

HER. Oh! ven aquí, Ingunda mia;

ven, ¡oh sol de mi deseo!

gracias á Dios que me veo libre, como yo queria.

Ya estamos solos; ninguno

nuestro bien vendrá á turbar;

ya no nos ha de estorbar

ese entusiasmo importuno,

esa rigidez impia

y ceremonia angustiosa;

Ingunda, ya eres mi esposa,

ya puedo llamarte mia.

ING. Hermenegildo, mi bien,

esa dicha tan profunda

que de amor mi pecho inunda,

¿tú la has sentido tambien?

HER. Si, si; que inquieta alegría

llegó mi pecho á sentir.

Esta noche, sin dormir

esperé del nuevo dia,

esa luz tan deseada

que iba á colmar mi ventura;

seguí de la noche oscura

la marcha lenta, pausada,

y cuando de roja lumbre

vistió el cielo el arrebol;

y fué apareciendo el sol

tras esa elevada cumbre

que á Toledo tiene al pié,

derramé por mis megillas

tierno llanto, y de rodillas

la luz del sol adoré.

Y despues á mi profunda

ilusion tan ciegamente

me entregué, que yo en tu frente

vi resplandecer, Ingunda,

dos coronas por mi mano

colocadas de este modo,

bajo la del reino godo

la del imperio romano.

ING. ¡Oh Dios! la ambicion te ciega!

Vé que la suerte quizás

al que la desea mas

mas sus favores le niega.

No corras en tu deslíz

tras su falso resplandor,

conténtate con mi amor

si mi amor te hace feliz.

HER. Oh! si, si; mi alma está llena

de una acrisolada fé;

¡feliz dia el que avisté

las campiñas de Lorena!

Dia feliz mas que todos

cuando tu hermosura vi;

y á tus plantas ofrecí

la diadema de los godos.

ING. Si en verdad, pero aunque gozo

tanta ventura, mi alma

no está, Hermenegildo, en calma,

te lo digo sin rebozo.

Hacia un horroroso abismo

sin detenernos ¡ay Dios!

nos dirigimos los dos

y hacia él me arrastras tú mismo.

HER. Yo! Cuando verte dichosa

es mi afán continuamente?

ING. Para serlo, solamente

nos hace falta una cosa.

HER. Di; cuanto de Leovigildo

el reino glorioso encierra,

es tuyo, si está en la tierra

te lo ofrece Hermenegildo.

ING. En la tierra! mi ambicion

á mucho menos alcanza;

no, esposa, no, mi esperanza

la tengo en mi corazon.

HER. En mi corazon! Ah! di,

si mi corazon podia

concederlo, vida mia!

dudas tuvistes de mi?

ING. No, de tu fé no dudaba,

y aunque sumisa muger,

te tengo que obedecer

como sierva, como esclava.

Tengo otro deber mayor

en el mundo que cumplir,

y ese no le ha de impedir

ni el cariño ni el rigor.

Si, con el alma nacida

en mi corazon guardada,

yo, mi religion sagrada

conservé toda mi vida.

Y aunque alcanzaste mi mano,

ten, esposo, en cuenta hoy,
que yo católica soy.

HER. ¡Y bien!

ING. Y tú eres Arriano.

HER. Es cierto; somos los dos
de distintas religiones,
pero nuestros corazones
adoran á un mismo Dios.

ING. Si, mas en tu alma estiende
Arrio su falsa doctrina,
quien solo un punto elimina
al Señor del cielo ofende;
y aunque lograste mi amor,
yo de mi pasión me extraño,
pues eres por un engaño
enemigo del Señor.

HER. Yo su enemigo? Jamás!
qué dices? Pues mi creencia...

ING. Qué te dice tu conciencia?
Nunca te acusa?

HER. Quizás
cuando á solas considero
á Dios, en mi corazón
una secreta emoción,
un grito triste, agorero,
como la voz del destino
misterioso se levanta,
y me dice que mi planta
conduzco por mal camino.
Quiero torcer á otra senda,
pero erizada de abrojos,
tan solo la ven mis ojos;
¿y cómo quieres que emprenda
esas veredas tortuosas
de zarzas y espinas llenas,
si las otras son amenas
y estan sembradas de rosas?

ING. ¡Y á mas no alcanza tu juicio!
¿No pudiera ese lozano
camino, florido y llano
conducir al precipicio?

HER. Si.

ING. ¿Y posible no es
que esa árida senda horrible,
empezando tan terrible
conduzca á un cielo despues?

HER. Es cierto!

ING. Bien; si mi amor
algo para tu alma vale,
dile á tu esposa que hoy sale
tu corazón de su error.
Y cesará esta ansiedad
que su pecho fiel asalta,
porque eso tan solo falta
á nuestra felicidad.

HER. Corazón, honor y vida
todo lo diera por ti,
porque eres tú para mí
la ventura mas cumplida.
Mas reflexiona con calma
que bien puedo por tu amor
sacrificar el honor
y la vida, mas no el alma.

ING. ¡El alma! Es error funesto
para ti, y esa creencia...

ARIS. (saliendo de la cámara de la reina.)
Príncipe, si das licencia...

HER. Qué ruido es este? Qué es esto?

ESCENA IV.

HERMENEGILDO, ARISBERTO, INGUNDA.

HER. ¿Quién eres?

ARIS. Soy un esclavo
de la reina.

HER. ¿Qué deseas?

ARIS. Hablarte solo un momento
de asuntos que te interesan.

HER. ¡Ingunda! (vase Ingunda.) Ya estamos solos,
ya puedes hablar, empieza.

ARIS. Aunque el poderoso cetro
que Leovigildo en su diestra
tiene, contigo comparte,
y la preciada diadema
cine tu sien; un vil siervo,
un esclavo en quien apenas
los reyes fijan su vista,
vil insecto que en la arena
vive, y que á la luz del sol
pobremente se calienta,
á su omnímodo poder
tiene tu alma sujeta,
porque ante su altivo mando
los reyes del mundo tiemblan.

HER. Ese altanero lenguaje,
siervo misero, refrena;
ó teme que esas palabras
causa de tu muerte sean.

ARIS. ¡De mi muerte! No la temo.
¿Quién es el que audaz intenta
detener, ¡miser humano!
el curso de las estrellas?

HER. Qué dices!

ARIS. Yo he sorprendido
los arcanos de esa ciencia,
que el sino de los humanos
en sus cabernas encierra;
yo leo en el docto libro
de la gran naturaleza;
yo en el vuelo de las aves,
en la sangre, que aun humea,
viva, caliente, rojiza,
estraída de las venas
del hombre; yo en las entrañas
de las victimas sangrientas
leo tambien; he bajado
á las tenebrosas cuevas,
á donde rios sin limites
sus aguas sulfúreas, negras,
tienden veloces; tambien
subí sobre las enhiestas
cimas de los montes altos,
donde la veloz carrera
del águila audaz detuve;
y ¡ay! en mi ciencia siniestra
supe terribles secretos,
supe la cruel sentencia
de dolor y de quebranto
que sobre los hombres pesa,
y sagrada obligacion
hoy me impone la conciencia.
Tú, príncipe, si tu suerte
deseas saber, contesta,
crees en mi ciencia?

HER. Si, creo,
que hay hombres sobre la tierra
á quien es dado saber
la venturosa ó adversa

suerte de los otros hombres,
y á los que Dios nada niega.

ARIS. Pues bien, en mi largo estudio
yo pasé noches enteras,
y sorprendí en los crisoles
las benignas ó maléficas
influencias de los astros;
si quieres saber cuál sea
el que su influjo derrama
feliz ó adverso planeta
sobre ti, príncipe escelso,
tiende la mano siniestra.

(*el príncipe lo hace, Arisberto la examina.*)

Larga cadena de bienes
y venturas te reserva
el sino! Feliz mortal,
á quien la suerte no intenta
sacrificar á su furia!
Mas ¡ah! que tienes sujeta
toda esa felicidad,
esa ventura suprema,
á una obligacion forzosa,
contraria á naturaleza.

HER. ¿Qué dices?

ARIS. ¡Ah! ya que es cierto,

ya que los hados ordenan,
para cumplir tu ventura,
una obligacion violenta,
revístete de valor
para oír lo que decreta
tu sino, y ten entendido
el que la desobediencia
á sus órdenes, será
motivo para que vuelva
la suerte todas tus dichas
en desventuras horrendas.

HER. A los decretos del cielo
no esperes desobedezca
Hermenegildo; mas habla,
que ya te escucho.

ARIS. Mi lengua
señor, intérprete fiel
será de tu sino.

HER. Empieza.

ARIS. Príncipe! el hado te manda
que tu fé, que tus creencias,
tu corazon y tu vida
entregues sin resistencia
á la esposa de tu padre,
á tu madrastra.

HER. A la reina!
Mi corazon como madre
cariño fiel la profesa.

ARIS. No es eso lo que el destino
te manda; esa fé sincera,
ese cariño amoroso
que á tu esposa Ingunda muestras,
debes desde hoy emplearle
en Gosvinda!

HER. Esclavo, cesa,
ó teme que en tu garganta
yo tus palabras detenga.

ARIS. El cielo lo manda así.

HER. El cielo! La furia horrenda
del infierno pudo solo
en sus horribles tinieblas
abortar ese mandato.
Y no temes que si llega
la reina á oír tus palabras,

lo pagues con la cabeza?

ARIS. La reina oyó de mi boca
la revelacion siniestra,
y obediente á los mandatos
de la suerte se encadena.

HER. ¡Oh cielo! ¡Oh lumbré brillante
del sol, que al mortal sustentas!
¿no ocultas tu luz divina
al oír tales blasfemias?

ARIS. ¡Calla! La voz no levantes.

HER. ¿Y cómo quieres que pueda
contenerme, cuando he oído
esa horrorosa propuesta?

ARIS. Por esta mano que toco
te lo pido, no profieras
esas palabras!

HER. Aparta!
no te acerques, que me infestas.

ARIS. ¡Oh! yo abrazo tus rodillas.
Oh príncipe, no me pierdas!

HER. ¡Yo perderte! ¿Pues no has dicho
que era la orden suprema
del destino, y que no habia
crimen en obedecerla?

ARIS. Mas mis palabras, señor,
para divulgadas no eran.

HER. La virtud no necesita
ocultarse; mas no creas
que obedeceré sumiso;
antes me trague la tierra,
y si es cierto, como creo,
que ha sido la misma reina
la que inventó ese delito;
esclavo, dila que mientras
luzca la lumbré del sol,
de mi vida, mientras tenga
aliento mi pecho, nunca
me someteré á esa horrenda
maldad, á ese impuro crimen,
y que sin cesar mi lengua
pedirá al Dios soberano,
que en el universo impera,
que de derramar no cese
sus justas iras sobre ella.
A su loco desvario
esta es, siervo, mi respuesta;
para que á su oído llegue
vivo mi piedad te deja. (*vase.*)

ESCENA V.

ARISBERTO, GOSVINDA.

ARIS. Oye, señor.

Gos. (*saliendo de la cámara.*)

Detente, no le llames.

ARIS. La reina!

Gos. En vano mi cerviz altiva
pretendes humillar! Seré vengada!
Quizá algún día mi perdon reclames,
pero no calmarás, mientras yo viva,
mi vanidad por tu desden ajada.

ARIS. ¿Nos escuchaste?

Gos. Si, todo, Arisberto,
todo lo oí; pluguiera al cielo santo
que no fuera tan cierto.

ARIS. ¿Causa será de padecer y llanto
para ti?

Gos. Para mí? ¡Mal me conoces!
Este constante amor, ardiente, tierno,
que mi pecho sintió, huye á las voces

de un odio sin igual, vehemente, interno.
 Cuando en la lucha que el amor proclama
 contra el deber, á ciegas entregamos
 vida, felicidad, honor y fama,
 y vendidas despues nos encontramos,
 ¿que resta ya sino venganza impia?
 Para pagar al que mentira y dolo
 por amor y ventura nos envia,
 venganza nada mas, venganza solo.
 A ella dispuesta estoy; de mi destino
 mi planta fiel hácia la senda avanza;
 no he de retroceder en mi camino.

ARIS. ¿Mas cómo cumplirás esa venganza?

Gos. No lo sé: mis sentidos perturbados
 por el furor estan; no sé, Arisberto,
 qué pensar, ni qué hacer; trémulo, incierto
 el corazon, con golpes reiterados
 late, mas tú me salvarás, ¿no es cierto?

ARIS. Yo!

Gos. Si, parte al momento; en la frontera
 hallarás los ejércitos triunfantes
 de Leovigildo.

ARIS. Bien.

Gos. Con lastimera
 voz, y con ademanes suplicantes,
 dirásle de mi parte, que si quiere
 sostener en su frente la corona,
 que venga sin tardanza, que no espere,
 ó su régio dosel se desmorona.

ARIS. ¿Qué intentas?

Gos. Mi deseo se afianza
 con esa decision; parte al momento;
 parte á buscarle, pronto, ó mi esperanza
 humo será que desvanece el viento.
(óyese fuera rumor.)

Mas oye, ¡qué rumor! ¿Será sin duda
 de alguna rebelion sintoma cierto?

ARIS. No, reina, que es el pueblo que saluda
 á un mensagero. *(asomándose á la ventana.)*

Gos. Espérate, Arisberto;
*(Será preciso madurar despacio
 el plan.)*

ARIS. El pueblo ansioso le detiene.
 Ya sube la escalera de palacio.

Gos. Con mensaje del rey sin duda viene.
(oyense vivas.)

¿Por qué grita ese pueblo tumultuoso?

ARIS. Gritos de gozo son; el mensagero
 les anunció algun triunfo de tu esposo
 tal vez. Ya llega.

Gos. Recibirle quiero.

ESCENA VI.

Dichos, el MENSAGERO, caballeros godos.

MEN. Dame, ¡oh reina! á besar tu escelsa planta.
 El rey me envia á ti para anunciarte
 un nuevo triunfo mas, que le comparte
 con su hijo Recaredo.

Gos. Bien, levanta,
 y habla ya.

MEN. Sus legiones vencedoras
 domaron la Gascuña turbulenta;
 su brazo belicoso, las traidoras
 hordas rebeldes para siempre ahuyenta
 de aquel pais, monarca soberano
 su pendon la discordia ante él inclina;
 triunfa al tender su mano;
 donde su faz presenta, allí domina.

Para que siempre su brillante gloria
 viva, recuerdo siendo á las edades,
 va á fundar en su reino dos ciudades;
 á la una dará el nombre de Vitoria;
 la otra, donde tributo da el Guadiela,
 al que baña la gótica Toledo,
 porque la fama de su hijo anhela,
 Reccópolis será, de Recaredo.
 Tambien quiere que sepas, ¡oh señora!
 que cuando esparza su matiz de grana,
 mensagera del sol la clara aurora,
 en tu presencia le verás.

Gos.

Mañana!

MEN. Si tú de los lejanos horizontes
 puedes pasar los lindes desiguales,
 mira tras de las cimas de los montes
 y verás las banderas de sus reales.

Gos. Ya lo ois; el monarca me da aviso
 que vencedor de la Gascuña viene
 á su palacio real; será preciso
 salir á recibirle cual conviene.

(vanse el Mensagero y los caballeros.)

ESCENA VII.

ARISBERTO, GOSVINDA.

Gos. Por fin el cielo, ó el infierno trata
 de ayudarme; es inutil tu partida;
 pero esa ciencia, natural, innata,
 ó á fuerza de vigiliass conseguida,
 vas á emplear para cumplir mi anhelo,
 despues que vaya desterrando el cielo
 con su fulgor la oscuridad profunda;
 despues que haya llegado Leovigildo,
 escribirás dos cartas, una á Ingunda.

ARIS. ¿Y la otra?

Gos. La darás á Hermenegildo.

ARIS. En esas cartas...

Gos. A la niña bella
 objeto de mis celos, mis furoros,
 dirásle, que aunque pura y clara estrella
 su esposo de sus vivos resplandores,
 no anhela el dulce fuego, y si en la duda
 no quiere estar, que cuando el sol á ocaso
 su lumbre lleve, en sigiloso paso
 á mi cámara real al punto acuda.
 Yo firmaré.

ARIS. ¿Y á Hermenegildo?

Gos. Dile
 que si el honor de Leovigildo tiene
 en gran cosa, constante le vigile,
 pues vigilarle mucho le conviene.
 Y que si quiere ver la mancha impura
(con ironia.)

conque la honra infama
 del rey su esposa, que en la sombra oscura
 que la noche tristisima derrama,
 al esparcir su resplandor postrero
 la luz en occidente, lleve el paso
 al cuarto de la reina.

ARIS. ¡Oh Dios! Ya infiero
 tu intencion.

Gos. ¿Descubriste por acaso,
 Arisberto leal, lo que yo quiero?

ARIS. Si, reina.

Gos. Bien, en tu lealtad confio.

ARIS. Tú vengada serás.

Gos. La soberana
 hoy las llaves te da de su albedrio;

si cumples bien, la libertad mañana. (vase.) Gos. ¡Oh! nada tema mi esposo. (con intencion.)

ESCENA VIII.

ARISBERTO.

¡Necia y crédula mujer,
tú mis intentos no sabes!
¿De tu albedrio las llaves
has puesto ya en mi poder?
¡Infeliz si á mi saber
tu venganza se abandona!
Porque mi ciencia blasona
de tanto, ¡oh reina! que está
segura que arrancará
de tus sienes la corona.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

GOSVINDA, LEOVIGILDO, HERMENEGILDO, INGUNDA y
RECAREDO.

LEO. Ya terminados los plazos
que á mi honor puso la guerra,
de vuelta estoy en mi tierra,
y en mis cariñosos brazos
á un hijo querido estrecho,
que no hay placer que mas cuadre,
como el estrechar un padre
al hijo contra su pecho.

HER. ¡Padre mio! no ambiciona
mas que tu amor mi albedrio,
y ya que el deseo mio
amor tambien galardona,
es mi dicha mas cumplida
el mirarme en este estado,
con un padre idolatrado,
con una esposa querida.

ING. (¡Traidor! qué letal veneno
tu infame labio derrama!)

HER. Hoy, cuando anuncia la fama
tu nombre de lauros lleno,
justo es que en tus brazos rinda
de mi afeccion estremada
el fiel sentimiento.

LEO. Y nada,
nada me dice Gosvinda?

Gos. ¡Yo, señor! Mi respetuoso
labio no me atrevo á abrir.

LEO. ¿Y por qué?

Gos. Temo aflijir...

LEO. ¿A quién?

Gos. A mi amado esposo.

HER. (Hipócrita vil! si fuera
posible, si no mirara
de mi padre la honra cara,
yo tu maldad descubriera.)

LEO. ¡Aflijirme! ¿Qué celos
te asaltan?

Gos. En esta vida
nunca hay ventura cumplida.

ING. (No la hay, testigos mis celos.)

LEO. Mas qué me anuncia tu labio?

Gos. ¡Oh! nada tema mi esposo. (con intencion.)
No hay que vengar afrentoso
crimen, ni terrible agravio.
Pero ese altivo ardimiento
que brilla en tus ojos...

LEO.

Di.

Gos. Causa ha sido para mi
de un continuo sufrimiento.
En mi corazon se encierra
la idea triste, horrorosa,
de que tienes á tu esposa
menos amor que á la guerra.
No bien en marcial combate
y en lides gloriosas, ves
tus contrarios á tus pies,
tu pecho ardoroso late.
Si piensas que nuevamente
vas el acero á empuñar,
y en nueva contienda á dar
mas laureles á tu frente.
Oh, deja, deja, señor,
la guerra, pon á ella fin;
á los ecos del clarin
sucedan los del amor.

LEO. Gosvinda, ya se concilia
con el tuyo mi deseo,
ahora que feliz me veo
en brazos de mi familia;
no temas que me sujete
pronto la guerrera malla,
ni que apreste á la batalla
el redondo capacete
que hasta aqui oprimió mi sien;
venga un rato de solaz,
yo le anhele, que la paz
tiene sus goces tambien.

Gos. Descanse ya Leovigildo
de sus faenas sin miedo,
pues que tiene á Recaredo
su hijo.

LEO. Y á Hermenegildo!
Iguales ambos á dos
tienen honra y valentia;
¡ah! para ventura mia
me los ha otorgado Dios.

REC. Señor, mi hermano, y con él
tu hijo menor, pruebas dan
de su cariñoso afan.

LEO. Sé vuestro amor cuánto es fiel,
y el alma en gozo se innunda:
mas la perla de Lorena,
de temor y asombro llena,
está retirada: Ingunda,
ven aqui.

ING. Señor...

LEO. ¿No es cierto

que tambien eres feliz?
Ese purpúreo matiz
conque tu rostro han cubierto
los cendales del rubor,
me demuestra tu alegria;
oh, bien merece, hija mia,
Hermenegildo tu amor.
Tú eres bella, él es galan;
y junto á un rostro hechicero,
cuadra muy bien de un guerrero
el belicoso ademan:
su vigor y tu belleza

nos ofrecen la pintura
de la sin par hermosura
unida á la fortaleza.

De amor los dulces trofeos
hoy con el valor se enlazan,
(*mudando de tono.*)

mas por Dios, ya me embarazan
estos bélicos arreos.

Despues de tan largo viaje
descanso quiero me den,
y á fé mia no está bien
para este sitio este trage.

Ven conmigo, Recaredo.

HER. Voy á acompañarte ahora.

Gos. Yo tambien.

ING.

Oh Dios! Señora,

(*ap. á Gosvinda.*)

quédate, que yo me quedo.

(*vanse por el fondo derecha.*)

ESCENA II.

GOSVINDA, INGUNDA.

Gos. ¿Qué me quieres, Ingunda?

ING.

¿no es verdad?

Ya se han ido,

Gos.

Si.

ING.

¿Ya nadie nos escucha?

Gos. Nadie. ¿Por qué ese rostro dolorido,
ese triste mirar?

ING.

¡Ay! fiera lucha,

bárbaro padecer desesperado

atormenta mi pecho acongojado!

Ya desconfío de encontrar consuelo
á mi cruel penar.

Gos.

Nunca de hielo

mi pecho fué; los vinculos me ligan

de parentesco á ti, querida Ingunda;

confíame esa pena tan profunda,

que las penas y males se mitigan

de un pecho amigo, en el seguro puerto.

ING. Mas dime, por piedad, señora, es cierto?

Gos. ¿Qué?

ING.

Aun vislumbro un resplandor divino.

Ah! la dicha tal vez me es otorgada.

Pero, responde, apuraré mi sino...

¿Has escrito este horrible pergamino?

Le escribiste, señora?

Gos.

¡Desdichada!

ING. ¡Cielo! conque es verdad? ¿Será posible

que un pecho que amoroso me juraba

un cariño incesante, inestinguible,

me engañase traidor!

Gos.

Si, te engañaba.

Cuando le vi á mis pies...

ING.

¡Infiel! ¡Perjuro!

Gos. Pintando el ardoroso desvario,

el vil deseo de su amor impuro,

su ciego frenesi, temblé.

ING.

¡Dios mio!

ten compasión de mi!

Gos.

Yo no podia

decirlo ni ocultarlo; Leovigildo

su ventura y su honor en mi confia,

y al fin es hijo suyo Hermenegildo.

Al ver su intento vil, su pasión fiera,

le arrojé con horror; por castigarle

quise á mi esposo confesar... mas era

decirle su baldon, asesinarle.

Si no crees su perfidia todavia,
porque tu amor desengañado vea
su infame alevosia,
entra, si quieres, en la estancia mia.

ING. Es mucho mal para que no lo crea!

¿Y qué quereis? Le adoro con vehemencia;

mi corazon, como inesperto y niño,

le entregó las primicias del cariño,

y rindióse á su amor sin resistencia.

Cuando alegre vivia, y sin cuidado

de mi padre, en la corte magestuosa,

ah! yo escuché su acento enamorado

decirme sin cesar: «eres hermosa;»

y gozoso despues, con dulce tono,

«tierna beldad, decia, no te engaña

mi amor. Oh! ven, te sentaré en mi trono

y mi esposa serás; si, ven á España;

corona real adornará tu frente,

y sentada en mi trono poderoso,

yo rendiré á tus plantas obediente

mi amante corazon cual fiel esposo.»

Gos. Mal cumple su promesa.

ING.

Oh! Dios! Señora,

librame tú de padecer tan fiero!

Gos. Pronto vendrá á mi cámara.

ING.

Le espero...

No, no, despues vendré; no quiero ahora!

Hermenegildo, si traidor, impio,

rompe de amor los cariñosos lazos,

yo presa de mi ciego desvario

tu corazon, que imaginé ya mio,

te le he de devolver hecho pedazos.

(*vase por el fondo derecha.*)

ESCENA III.

GOSVINDA.

Vuelve, si, ciega muger,
vuelve á buscar á tu amante,

que asi mi altivez ultraja

y es causa de mis pesares.

El tambien vendrá guiado

por el temor de su padre,

á dar en la sutil red

de mis vengadores planes,

y si acaso consiguiera

que esos celos con que late

tu corazon ciegamente,

al rey se los confíases,

si hicieras que Leovigildo

su perdido honor vengase

en su hijo, ¿qué podria

yo por recompensa darte?

¡Oh! ya mi pecho no siente

los encendidos volcanes

de esa pasión maldecida

que me abrasó! No, vengarme

de su altiva presuncion

son mis intentos tenaces;

vengarme de su desden

y beber de vuestra sangre.

ESCENA IV.

GOSVINDA, ARISBERTO.

Gos. Ven, Arisberto; cumpliste
fielmente.

ARIS.

Siempre leales

son para ti mis intentos.

Gos. Di, la otra carta entregaste?

ARIS. Ya la tiene Hermenegildo en su poder; por un facil medio logré que á sus manos antes de la hora llegase.

Gos. ¿Y vendrá?

ARIS. Reina, yo creo que en eso duda no cabe.

Gos. Allí le hallará su esposa.

ARIS. Si le ha de ver, que no tarde, porque ya hácia el occidente camina el sol á ocultarse.

Gos. Me ha prometido venir; y no imagineis que falte, que son los celos de amor agujones infernales.

ARIS. Señora, mi obligacion es servir y no quejarme de mi suerte; pero tú derramando tus bondades régias sobre mi, á tu esclavo darle libertad juraste;

si merezco, alta señora, que tu corazón se apiade de mi situacion, te ruego que des fin á mis afanes.

Gos. Arisberto, aun me hace falta tu ciencia; cuando se acaben felizmente mis deseos, libre serás.

ARIS. (Será tarde entonces.)

Gos. Tú tienes armas que no quiero que me falten.

ARIS. (Esas armas, gran señora, pueden contra ti tornarse.)

Gos. Ahora conviene tan solo que Leovigildo se halle en este sitio tambien; voy ahora mismo á buscarle.

ARIS. Pero no piensas, señora, que aunque el monarca le hallase en tu aposento, ese pliego basta para disculparse?

Gos. Conozco su corazón, y no creo yo que clave el puñal de la deshonra en el pecho de su padre, á quien ama con extremo; ese papel enseñándole.

ARIS. Pero...

Gos. Además, yo tengo otros medios para...

ARIS. ¿Y cuáles?

Gos. Secretos son, Arisberto.

ARIS. No es imprudencia fiarles de mi discrecion.

Gos. Ahora obedezca, siervo, y calle; ¿no oyes pasos?

ARIS. Es el principe.

Gos. Viene al fin! Fortuna, dame tu auxilio, y no desleale ahora me desampares.

Ven, Arisberto.

ARIS. Señora, ya te sigo.

Gos. Vé delante.

(vanse por el fondo izquierda.)

ESCENA V.

HERMENEGILDO, entra leyendo un pergamino.

«Si quieres, principe, ver el liviano atrevimiento de la reina, á su aposento acude al anochecer. Presa en adulteros lazos la pasion que concibió por ti, al olvido la dió por echarse en otros brazos.» (representa.)

¡Será posible, oh dolor! que con vil accion mi madre mancille asi de mi padre el nunca manchado honor!

¡Ah! no lo puedo dudar, y aunque por dudarlo lucho, no ha mucho, ¡cielos! no ha mucho

que en este mismo lugar un vil esclavo traidor me esplicó con sutileza

de mi madre la torpeza, su impuro y nefando amor.

¡Mi madre mi labio dijo! ¡ah! no, no; ¿cómo podria compararte, madre mia,

con esa muger, tu hijo! Tú que de ventura en pos dejaste al mundo malvado,

y el vuelo tendiste al lado del trono santo de Dios,

y en tu tierna juventud predestinada del cielo, fuiste sublime modelo

de castidad y virtud! Nunca, no, tu pensamiento ya por el Señor bendito,

pudo abortar del delito el torpe y malvado intento.

Segun la carta, por mi no late su pecho ahora: ¿por quién será? (aparece Ingunda observando.)

Ya es la hora, ¿qué espero? ¿Es su estancia? Si, voy á entrar... de la pasion es terrible el desvario;

entremos. (al ir á entrarse detiene.) ¡Oh! padre mio, me lo manda el corazón!

(éntrase en el cuarto de la reina.)

ESCENA VI.

INGUNDA, despues, LEOVIGILDO.

(Ingunda se dirige llorosa á la cámara de la reina.) ING. Se entró! no hay duda, mi desdicha es cierta; traidor! oh! mi venganza será horrible!

LEO. Ingunda! ING. El rey!

LEO. Qué escuchas á esa puerta? ING. Nada; déjame, oh rey! ¡hado terrible! ¡fortuna desleal! ¡suerte sañuda!

LEO. ¡Deliras! ING. Delirar! ¡ay! bien podria, que es mi desgracia por mi mal muy cruda,

y es mi suerte cruel! LEO. ¡Cómo, hija mia!

tú desdichada! Tú! Si, en tu semblante
las huellas veo del dolor profundo.
¿Qué te hace desgraciada? No es tu amante
tu esposo? ¿Qué te falta ya en el mundo?

ING. ¿Qué me falta, señor!

(acercándose a la puerta.)

LEO. Oh! Dios! me aterra
tu semblante, tu acento,
¿qué mal nos amenaza?

ING. Oh! cómo yerra
(mirando a la puerta de la cámara.)

hombre vil, tu malvado pensamiento.
Si crees que doble á mi infeliz fortuna
dócil el cuello, te engañaste, impio;
yo quiero descubrir una por una
tus maldades.

LEO. ¿Qué ciego desvario!

Mi cariño tus males no comprende;
¿te vende Hermenegildo?

ING. (volviéndose a Leovigildo.) Si, me vende,
me vende á mi, que mi placer cifraba
solamente en su amor; á mi, sencilla
que ignoré que en su pecho se abrigaba
de incestuosa pasión la vil mancha.

LEO. De incestuosa pasión! ah! no te entiendo.

ING. No quieras entenderme.

LEO. ¿Qué sospecha!..
Habla: ya está mi corazón sintiendo
golpe mortal.

ING. Envenenada flecha,
tósigo matador también destroza
este anhelante pecho apasionado.

LEO. En mi martirio tu dolor se goza.
¡Háblame, por piedad!

ING. Rey desdichado!
En hora de dolor, en hora fiera,
viste del claro sol la luz primera.

LEO. Todo lo entiendo ya!

ING. Qué, por ventura
dijo mi labio... no!

LEO. Y entre sus brazos
con desacato vil, mi esposa impura
deja mi limpio honor hecho pedazos!
Oh! yo me vengaré!

ING. No falsamente
tu ciego enojo sus furiosos rinda
contra la reina, no, que es inocente.

LEO. Es inocente!

ING. Si, todo Gosvinda
oh desdichado rey! lo ha confiado
á mi pecho, de pena traspasado;
la mancha del delito
no infama, no, su frente magestuosa;
lee, gran rey, este escrito,
su inocencia verás.

LEO. ¿Es de mi esposa!

(lee.) «En cuanto el sol su luz lleve al ocaso,
si quieres ver de tu adorado esposo
el adúltero fuego, el incestuoso
amor, dirige á mi aposento el paso.
La Reina.» Y el delito solamente
es de ese infame que mi honor mancilla!
Yo le senté en el solio, y en su frente
la real corona que en mis sienes brilla
también fué por mi mano colocada,
y él en pago, con viles desacatos,
de la naturaleza, horrorizada,
atropella sin freno los mandatos.
¡Oh! furor!

ING. ¡Oh desgracia! yo he soñado
un claro sol para alumbrar mi vida,
un ambiente de aromas delicado,
una ilusión de amor nunca perdida,
y en vez de tal ventura,

dióme la suerte vil un fiero engaño;
en vez de claro sol, tiniebla oscura;
en vez de amor, terrible desengaño.

Mas tú me vengarás! Callas! No dijo
tu boca que vengarte deseabas?
Cómo sin voz estas? ¿Cómo?..

LEO. Es mi hijo,
Ingunda.

ING. Mas, señor...

LEO. Vete; tú acabas
de destruir con tu furor celoso

la ventura de un padre y de un esposo.
Tú me hiciste saber mi fiero agravio:
Su culpa dijo tu imprudente labio;
ciega muger, tu irreflexión maldigo.

¡Oh! perdona!

ING. Señor...

LEO. Aun soy tu amigo,
tu padre soy, á mi demanda cede.

ING. La fe del porvenir contigo quede.

LEO. La paz del corazón vaya contigo,

ESCENA VII.

LEOVIGILDO.

Ay! bajo el peso horrible de su acento
cae mi dolor, señor! ¡Dios poderoso!
que dominas el vasto firmamento
y el mundo tiembla á tu poder grandioso,
como al mirar desde tu régio asiento
crimen tan vil, delito tan odioso,
no arroja, di, sobre su frente osada
el rayo vengador tu diestra airada!
¡Y en esa estancia está! Veamos ahora
como su vil acción, villano esconde;
cómo dá su disculpa engañadora;
veremos ante mí lo que responde.
Pues que mi nombre su pasión desdora,
vengar mi muerto honor me corresponde;
vengarle, si, pero mi honor vengando
mi pecho paternal voy destrozando.
¡Oh cruel situación! Nada le abona,
nada, aunque mi piedad salvarle intente,
¿cómo el monarca su maldad perdona?
Mas cómo, ¡ay Dios! su perdición consiente
quien de paterno corazón blasona?
Oh! destino fatal, hado inclemente
que remedio no das que bien le cuadre
al justiciero rey y tierno padre!

ESCENA VIII.

LEOVIGILDO, HERMENEGILDO.

HER. (Ya cansado de esperar
salgo... pero qué estoy viendo?
mi padre aquí!

LEO. (No comprendo
cómo me puedo calmar.)

HER. ¿Qué tienes? ¿Por qué en redor
tiendes la vista sombría?
Cualquiera, padre, diría
que eres presa del furor.
¿Qué te hace sufrir así?
¿Por qué ese triste semblante?

Ese pecho palpitante
por qué está intranquilo, di?
Al ver tu dolor me aflijo;
confíame tu penar,
quizá pueda consolar
tus sufrimientos tu hijo.

LEO. ¡Oh raza del hombre impia!
En el manto del amor
filial, su rostro traidor
encubre la hipocresía!

HER. Hipocresía no cabe
en la lealtad de mi pecho;
¿no estás de mi satisfecho?
¿Por qué? ¿Qué causa tan grave
promueve tu indignación?

LEO. Ya que tan viles seamos,
¿por qué, por qué no llevamos
descubierto el corazón?
¿O por qué no tiene escrito
cada cual sobre su frente
su virtud el inocente
y el malvado su delito?

HER. ¡Oh! tus palabras me hielan;
habla, señor, por piedad,
y pues delito ó maldad
hoy tus sospechas recelan
de mí, habla pronto, señor.

LEO. Aparta, misero, aparta.

HER. Por qué?

LEO. Responde á esa carta
para tu esposa. (dásela.)

HER. (después de haber leído.) Qué horror!

LEO. Ahora me podrás negar,
infame monstruo nacido
de mi sangre, que has querido
mi tálamo mancillar!

HER. Y de mi tan vil acción
pudo mi padre creer!
Juguete ha podido ser
de tan horrible traición!
¿Y si ese horroroso agravio
pudiese, señor, vengar
solamente con hablar?

LEO. ¿Y qué disculpas tu labio
podrá engañador decir,
que desmientan lo que he visto?

HER. Ah! señor, ya no resisto,
todo lo he de descubrir.

Sabe... pero, oh Dios! mi lengua
tal crimen al revelar
no hará mas que acumular
á tu desdicha tu mengua!...

Ah! si desde que nací
de tu corazón paterno
el dulce cariño tierno
constantemente sentí;
si puede tu corazón
creer lo que digo, padre,
jurándolo de mi madre
por la eterna salvación,
ah! no con rostro inclemente
ahora quieras oír
mi voz, que te va á decir,
señor, que soy inocente.

LEO. ¿Y por encubrir tu intento
que horror me da recordar,
no temes, no, pronunciar
sacrilego juramento?
¿No temes que la iracunda

cólera de Dios bendito,
por castigar tu delito
en la nada te confunda?
Sal de esta cámara, sal.

HER. ¡Ah! no, que erguida la frente
muestra siempre el inocente,
y yo no soy criminal.
Y aunque una desdicha nueva
hoy me venga á acometer,
y el Señor quiera poner
mi firme virtud á prueba,
tú nada descubrirás,
mi honor es como el sol puro,
soy inocente, lo juro,
no puedo decirte mas;
y nada preguntes, no,
á mi terrible tortura,
que antes, padre, es tu ventura
y por ella sufro yo.

LEO. No sé al ver infamia tanta
como mi justo furor
contengo.

HER. Pero, señor,
de ti una cosa me espanta;
si tan convencido estás
de que tu honor mancillé,
responde, padre, ¿por qué
muerte al punto no me das?

LEO. ¡La muerte!... Dichosa suerte
tras de tu crimen odiado
sería ¡desventurado!
que hallarás segura muerte.
No de tu mal la vehemencia
calmaria tu consejo,
no, por castigo te dejo,
infeliz, con tu conciencia.
Pero de España saldrás
desterrado, pobre, errante,
ni una hora, ni un instante
sosegado vivirás.

Y nunca en mi corazón
tendrás entrada, hombre impio.

HER. ¿Qué he escuchado! Padre mío,
esa horrible decisión
revocarás! ah! si, si!

LEO. No, jamás, mi enojo fiero...
HER. ¡Oh señor! víctima muero
de mi cariño por ti.

LEO. ¡Esclavos! lo que he mandado
(aparecen los esclavos.)
obedeced al momento.

HER. Qué escucho!
LEO. De este aposento
arrojad á este malvado.

(los esclavos se adelantan.)
HER. ¡Atrás! (á Leovigildo.) Tu decreto oí,
á él no creas que me oponga,
pero, ¡infeliz del que ponga
su villana mano en mí!
Si no te convence al cabo
¡oh padre! mi juramento,
échame de tu aposento
tú mismo, mas no un esclavo.

LEO. Por castigar tu maldad
lo haré como dices, si;
Hermenegildo, de mí
no esperes nunca piedad. (vase.)

ESCENA IX.

HERMENEGILDO.

¡No has de tener compasion!
 Asi de tu hijo te alejas?
 Y sin oir la razon
 partes, sin ver que le dejas
 destrozado el corazon!
 El corazon que algun dia
 solo en tu hijo cifraba
 su ventura, su alegria,
 es el que hoy le maldecia!
 es el que hoy le desterraba!
 ¡Oh padre! si, yo el primero
 debo vengar tus agravios;
 todo descubrirlo quiero,
 mas un candado de acero
 tiene sujetos mis labios.
 Pasion tan vil, tan impura,
 en mi cariño no cabe,
 y mi corazon apura
 la hez del dolor, porque sabe
 padecer por tu ventura.
 Mas no te descubriré
 el delito de tu esposa,
 no, yo no te causaré
 desdicha tan horrorosa,
 que antes, padre, moriré.

ESCENA X.

HERMENEGILDO, INGUNDA, por el fondo derecha.

HER. ¿Eres tú? Los cielos
 que ven mi amargura,
 el rostro me muestran
 de mi tierna Ingunda,
 ¡Oh! tristes momentos
 la suerte sañuda
 nos legó traidora,
 pero tu hermosura
 el bien es, que enfrena
 del daño la furia.
 Estrella radiante
 que mi vida alumbras,
 imán que mi firme
 voluntad subyugas,
 flor de mi existencia
 nave que en las turbias
 ondas de la vida
 llevas mi ventura,
 cálmense mis penas
 con palabras tuyas.
 ING. Pluguiera á ese cielo
 que tu boca insulta,
 que esa clara estrella
 que tu vida alumbra,
 abrasara impia
 la pasion adultera,
 los viles deseos
 de tu alma impura;
 que el imán que tanto
 tu poder subyuga,
 fuese la maléfica
 atraccion astuta
 del áspid airado
 que aborta iracunda
 del nocivo seno
 el Africa inculta;
 esa flor lozana

de tanta hermosura,
 abrojo que clave
 sus dañadas puntas,
 y ójala que sola
 por las ondas turbias
 del mar tempestuoso,
 vaya sin ventura
 la nave azarosa
 de la vida tuya.

HER. ¿Qué dices? ¿El astro
 de mi amor se nubla
 tambien? No te basta,
 ¡oh cruel fortuna!
 que mi pecho rompan
 viles imposturas,
 que robarme quieras
 su cariño? Nunca;
 ¡perezca el malvado!
 asi saldrá pura
 mi virtud; desmiento
 tan viles calumnias;
 y si mi palabra
 no te basta, Ingunda,
 lee ese pergamino.

ING. De atroz impostura (después de haber leído.)
 las victimas fuimos;
 ¡oh qué he hecho!

HER. Me anuncia
 ese escrito horrible
 una infame injuria,
 que al honor sagrado
 de mi padre insulta,
 y con dolo impio,
 con doblez astuta,
 quieren ¡vida mia!
 que nuestra ventura,
 que nuestros amores
 asi se interrumpan!
 ING. Y yo he revelado
 con ciega locura...
 mas ¡ah! Hermenegildo
 di, ¿por qué la furia
 de la reina sufres?
 Y si te disculpas
 ese pergamino,
 ¿por qué en honra tuya
 al rey no le diste?

HER. ¡Y tal me preguntas!
 El fiero secreto
 que ese escrito oculta,
 si se descubriera,
 causaria, Ingunda,
 la muerte á mi padre.
 ¡Oh! no, gima, sufra
 mi pecho; mi boca
 será siempre muda,
 solo tú, alma mia,
 puedes mis angustias
 saber; mi cariño
 que nada te oculta
 te dirá, que arde
 en el alma impura
 de la reina, el fuego
 de que á mi me acusan.

ING. Te creo! Tu boca
 la verdad pronuncia;
 el crimen es suyo,
 la maldad es suya,

y tú bien mercedes
mi pasión profunda.

HER. No cabe en mi pecho
mudanza ninguna.

Oh! ven, partiremos
en la noche oscura
fuera de Toledo,

que es fuerza se cumpla
la orden de mi padre;
iremos en busca

de un país tranquilo.
Si la suerte injusta
del trono nos quita

la brillante púrpura,
si reino en tu pecho,
¿á qué mas ventura?

ING. Sierva fiel te sigo.

HER. Sierva mia, Ingunda!

No; esposa.

ING. En tus brazos

¿qué prision hay dura?

HER. Amor soberano

nuestras almas junta.

ING. En tu alma está mi alma.

HER. Mi vida en la tuya.

ING. Podrán inmolarnos.

HER. Separarnos, nunca.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un paisaje pintoresco. Al fondo izquierda se vé en panorama el campamento de Leovigildo, que viene á terminar al foro con la tienda del rey, la cual es practicable. Al fondo derecha se ven en lontananza las murallas de Córdoba. A la derecha, primer término, un convento.

(Es de noche; el teatro estará iluminado por el resplandor de la luna. Al alzarse el telón, oyense los cánticos de los religiosos.)

ESCENA PRIMERA.

HERMENEGILDO, ARISBERTO, *disfrazado con traje de griego.*

ARIS. Esa es la tienda del rey.

HER. A favor de los disfraces

el campo atravesaremos

sin que nos conozca nadie.

ARIS. ¿Y quién ha de presumirse

que estás entre los parciales

de tu mayor enemigo?

HER. ¡Oh! mi enemigo mi padre!

no sé, griego, si hago bien

de tu palabra en fiarme.

ARIS. Por qué?

HER. Cuando hace tres años

por las tramas infernales

de mi madrastra, me vi

obligado á refugiarme

en Sevilla, y dióme apoyo

la fé de los imperiales,

no creí que á sus deberes

villanamente faltasen;

no creí que por el oro

del rey hollarán infames

la fé que me prometieron,

y lo que es más, que entregasen
á mi esposa y á mi hijo
que en rehenes quise darles,
á la venganza feroz
de la reina.

ARIS. No lo estrañes;

mas que por ti, por la causa

religiosa que abrazaste,

los imperiales te dieron

su apoyo, y cuando tu padre

en Toledo reunió

prelados que declarasen

algunos puntos oscuros

de la secta Arriana, cuales

dudarian que la guerra

de religion no acabase?

Astucia de Leovigildo

fué para lograr sus planes,

y por eso de los griegos

no debes, señor, quejarte.

HER. La guerra de religion

ha sido el motivo grande

de esta criminal contienda?

No, griego, no, te engañaste;

hay otra causa escondida

que yo la sé, y que la saben

tambien la reina y mi esposa,

que si algun dia llegase

á descubrirse, saldria

Hermenegildo triunfante,

mas que no descubrirá

jamás.

ARIS. ¿Y por qué?

HER. No trates

de saberlo, griego, no,

porque todo será en valde;

ademas, esos reveses

con que la suerte me abate,

mas que humillarme me ensalzan;

feliz el que al golpe cae

de la cuchilla, si su alma

mantener cristiana sabe.

Dos años ha, no queria

mi corazon entregarse

de lleno á esa religion

heróica, sublime, grande,

que despues con entusiasmo

abracé, pero incesante

dentro del pecho sentia

terrible voz acusarme,

y el cariño de mi esposa,

de mi Ingunda, fué bastante

para iluminar mi alma

de la fé con los fanales.

Yo en la religion católica

creo; sobre sus altares

juré combatir por ella

ó morir por ella mártir,

y cumpliré mi palabra;

á ver si lo mismo haces

con la tuya, griego; ¿dónde

podré ver á Ingunda? Dame

algun medio para hablar

á mi esposa, no te tardes.

Si con malvada intencion

de Córdoba me sacaste

para venderme despues,

no debes tanto fiarte

de tu buena suerte, griego,

que al fin el rey es mi padre.
ANIS. Si no te fias de mi, Hermenegildo, ya es tarde, para dudar; sin embargo, no te vendo; aun por los reales anda Leovigildo, espera que entre en su tienda y descanse, que yo lograré que Ingunda acuda despues á hablarte. Entre tanto, sigueme pues creo que á este parage se dirige el rey.

HER.

ANIS. Te sigo.
 Ven, yo sé donde ocultarte.

(vanse por la izquierda.)

ESCENA II.

LEOVIGILDO, RECARDO, fondo derecha.

REC. Entra en tu tienda, señor, ya es hora de descansar.

LEO. Descanso! no le ha de hallar

nunca mi triste dolor,
 aunque mi frente reuna
 de cien triunfos el laurel,
 y vea súbdita fiel
 á mis plantas la fortuna.
 El mas venturoso don
 falta á mi cansada vida,
 para siempre está perdida
 la paz de mi corazon.
 Felices dias aquellos

en que en contiendas campales;
 derroté á los imperiales;

aquellos diastan bellos
 ¿qué se hicieron? ¿Dónde fué
 el vivo sol de mi gloria?

¡Ay! como aquella memoria
 otra no conservaré.

Hoy mis legiones dirijo,
 no contra los griegos, no,
 que mancho mis armas yo
 con la sangre de mi hijo.

REC. ¡Ah señor! siempre fué en vano

que yo mi voz levantase
 en su favor, que rogase
 por el perdón de mi hermano.

Pero ya, ¡oh padre! que veo
 lucir en tu corazon

un rayo de compasion,
 cumple, señor, mi deseo.

Une los sagrados lazos
 que la suerte vil rompió,

y otra vez contemple yo
 á Hermenegildo en tus brazos.

LEO. ¡Su perdón!

REC. Oh! si señor!

si mi hermano es delincuente,

muéstrate con él clemente,

yo te lo pido.

LEO. ¡Y mi honor!

Y mi honra, Recaredo!

La limpieza que heredé

de mis mayores, podré

dejar manchada? Oh, no puedo!

La voz de la obligacion

en mi corazon estalla,

y á su mandamiento, calla

la voz de mi corazon.

Y dime, ¿acaso se humilla
 de su monarca la ley?

No se hizo proclamar rey
 en los muros de Sevilla?

Y sin que nada le pueda
 contener, porque me asombre,

Recaredo, con su nombre
 ¿no mandó acuñar moneda?

Y su mente descarriada
 su religion abjuró,

y contra ella levantó
 la infiel parricida espada.

¡Oh! no, prosiga la guerra
 y que bien ó mal le cuadre,

no ha de dejarle su padre
 un palmo solo de tierra.

Prosiga el duelo tirano,
 siga sin mas tréguas hoy,

antes que padre, rey soy,
 antes que rey, soy Arriano.

Y si en lid tan horrorosa
 prosigue él tambien, á fé

las cabezas le enviaré
 de su hijo y de su esposa.

REC. ¡Oh señor!

LEO. Basta, no quiero
 oír mas; no me hables de él.

REC. ¡Pero has de ser tan cruel!

LEO. Mi obligacion es primero.

REC. Y si constante la suerte
 le pnsiera en tu poder,

¿qué es lo que debe temer?
 Qué debe esperar?

LEO. La muerte.

REC. ¡Oh! tu semblante me aterra!
 ¿qué es lo que dices, señor?

¡Tal vez tendrias valor!
 ¿Ningun cariño se encierra

ya en tu pecho?
LEO. (enternecido) Déjame.

REC. No lo manda mi conciencia;
 mientras me halle en tu presencia

por mi hermano rogaré.

ESCENA III.

Dichos, Gosvinda, saliendo de la tienda.

Gos. ¡Bien harás! Gentil accion
 digna de un noble guerrero. (á Leovigildo.)

Si, si; su vida es primero
 despues vengar tu baldon.

REC. En hora fatal, señora,
 vienes, cual genio del mal,

su corazon paternal
 á ahogar con tu voz.

Gos. Ahora
 por dar á tu alma consuelo

bien podrás clemente ser,
 ¿mas cómo has de detener

la atroz venganza del cielo?
 No por su amor incestuoso

ahora combatiendo estás,
 que á castigar, señor, vas

su vil perjurio afrentoso.
 La amistad entre los dos

quieres que se restituya?
 ¿Combates por causa tuya?

No, por la causa de Dios.
LEO. Si, tienes razon, Gosvinda,

pagará con la cabeza,

no esperes que á la flaqueza
mi firme pecho se rinda.

Ahogará en mi corazon
la voz que me dictará
el cariño, y logrará
hacerme inmortal mi accion.
No haya paz, no haya sosiego,
hoy el cerco estrecharé
á Córdoba, y la entraré
sin piedad á sangre y fuego.

Gos. Tal vez no hay necesidad,

de que se cebe, señor,
tu justiciero furor
en esa infeliz ciudad.

Si los planes que tramé
me salen bien, Leovigildo,
te juro que á Hermenegildo
hoy en tus manos pondré.

REC. ¡Ah! qué has pronunciado!

LEO. Es cierto!

Gos. Pronto lo sabrás, señor.

REC. Algun villano traidor
le venderá.

Gos. (¿Si Arisberto
lo habrá conseguido bien?)

La astucia sobrado puede.
Fuerza es que sola me quede,
señor.

LEO. Recaredo, ven.

(vanse por el foro derecha.)

ESCENA IV.

GOSVINDA.

¿Estará mi afan cumplido?

Si ya con sagacidad
sacarle de la ciudad

Arisberto habrá podido?

¡Oh! no pierdo la esperanza

con el favor de la suerte,

de que muy pronto su muerte

venga á cumplir mi venganza.

Cuando veas su fin cierto

y cierta su perdicion,

¿qué mas querrás, corazon?

Gracias á Dios, Arisberto.

ESCENA V.

GOSVINDA, ARISBERTO, fondo derecha.

Gos. ¿Vienes solo? ¿Sin él! Qué!

de furor me haces temblar.

No le pudiste sacar

de Córdoba?

ARIS. No lo sé,

Gos. ¿Qué dice tu voz traidora?

Te burlas, esclavo!

ARIS. No;

pero tenemos tú y yo

que ajustar cuentas, señora.

Gos. Y un vil esclavo se atreve

á hablar á la reina así!

ARIS. Si, porque el esclavo aquí

pide lo que se le debe.

Gos. Sobrada calma he tenido

cuando no te castigué.

ARIS. Entonces, contestaré:

de Córdoba no ha salido.

Gos. Que tal cosa llegue á oír!

ARIS. Yo con el mayor recato

quise cumplir tu mandato,
mas no le pude cumplir.

Gos. ¿Esa es tu sagacidad?

Su vida no me ofreciste?

ARIS. Y di, no me prometiste

tambien tú, mi libertad?

Mas sositégate, señora,

ya le tengo en mi poder.

Gos. ¡Oh!

ARIS. Pero no le has de ver
si libre no soy ahora.

Gos. ¿Y condiciones me exige
tu soberbia?

ARIS. Si, por Dios,

un pacto hay entre los dos

y se ha de efectuar; elije,

ó cumples con el concierto

que los dos hemos tratado,

ó no le entrego.

Gos. Has contado

con mi piedad, Arisberto?

Esa altanera fiereza

que en tu faz veo brillar,

¿no pudiera derribar

de tus hombros la cabeza?

ARIS. Es verdad, pero mi suerte

con la muerte se mejora;

mas que ser siervo, señora,

quiero cien veces la muerte.

¿Piensas que vacilaré?

No, tu furor en mi vibra,

de la esclavitud me libra

la muerte, pereceré.

Reina! ariesgué la jugada,

no me he de volver atrás,

ó la libertad me das

ó la muerte; todo, ó nada.

Gos. Todo ó nada! De ese modo

te burlas de mi poder?

¿Y qué piensas que ha de ser,

Arisberto, nada, ó todo?

ARIS. ¡Todo! enfurecida estás;

pero tu furor ahora

debes contener, señora.

Responde, ¿qué lograrás

con perderme? ¿Por ventura

llevarás tu intento á cabo

de un pobre, de un ruin esclavo,

abriendo la sepultura?

No, reina, piénsalo bien,

lo que importa reflexiona,

que en tus sienes la corona

puede vacilar tambien.

Gos. ¡Y tal insulto escuchó

tranquila la altivez mia!

La corona! ¿Y quién podría

arrebátarmela?

ARIS. ¡Yo!

Gos. Tú.

ARIS. Si, yo tengo en mi mano

tu suerte, y si quiero, á fé,

yo derrumbarte podré

de tu dosel soberano.

Gos. Con calma te quiero oir,

Arisberto; si á mi enojo

desesperada me arrojo,

¡ay de ti!

ARIS. Puedes decir

ay de mi, porque cruel
contigo se muestra el hado;
¿te acuerdas á quién se ha dado
tres años ha, este papel?

Gos. (*leyendo en la mano de Arisberto.*)

«Si quieres, príncipe, ver
el liviano atrevimiento
de la reina, á su aposento
acude al anochecer...»

El pergamino que diste
á Hermenegildo, ¿no es cierto?

ARIS. Cierto es!

Gos. Y bien, Arisberto,
con eso qué conseguiste?

ARIS. Sutilmente á Hermenegildo
arrebatarle logró
mi destreza, y puedo yo
dársele ahora á Leovigildo.

Gos. Y yo con astutos lazos (*se le arranca.*)
arrebatarle logré
de tus manos.

ARIS. (*furioso.*) Dámele.

Gos. Si, tómale... (*le rompe.*) hecho pedazos;
y sabe, pues tu imprudencia
se atrevió á mi majestad,
que no tendrás libertad
mientras dure tu existencia.
(*vase fondo derecha.*)

ESCENA VI.

ARISBERTO.

¡Siervo! esclavo siempre! ¡Oh!
¡hado vil! ¡suerte infernal!
¡En hora nací fatal!
Pero aun no ha triunfado, no.
Yo ultrajé su vanidad,
y esa mujer altanera
los ultrajes no tolera;
mejor será la humildad.
Pero si al cabo consigo
ser libre, tal subiré
reina, que conseguiré
que me quieras por amigo.
Fortuna! ya tiendo el vuelo
hacia el bien que me señalas,
yo me elevaré en tus alas
sobre las nubes del cielo.
Si tu propicio favor
yo consigo, al fin y al cabo
verá el mundo que el esclavo
es de los libres señor.
Mas ya es la hora de que Ingunda
á la cita por mí dada,
llegue, del amor guiada,
que su tierno pecho innunda.
Entretanto, sin que el hado
mis firmes intentos rinda,
volveré á ver á Gosvinda
por si cumplí lo tratado;
su vengadora ansiedad
dará fin á mi esperanza,
y por lograr su venganza
tendré yo mi libertad;
pero Ingunda llega, si.

ESCENA VII.

ARISBERTO, INGUNDA, (*fondo derecha.*)

ING. Trémula, sin alma llego;

tal vez al furor me entrego
de algun enemigo.

ARIS.

Aquí
no se abriga, no, el rencor
de la venganza iracunda;
en este parage, Ingunda,
solo encontrarás amor.

ING. Tras tanto duelo horroroso,
tanto afán y padecer,
¿tendré el consuelo de ver
por un momento á mi esposo?

ARIS. Si, por tu amor se arriesgó,
y con temerario arrojo
solo por verte, al enojo
de su padre se entregó.

ING. ¡Ah! ¿y dónde está? Tanta suerte,
tal felicidad extraño
ya hace, Hermenegildo, un año
que vivo muerta sin verte.
Y tú, leal servidor,

que en mi delirio angustiado
mis penas has consolado,
¿cómo puedo tal favor
recompensarte? Perdona

si olvidando tu lealtad
desconfié; mi ansiedad,
mi desconfianza abona.
Pero dime, ¿tardará?

¡Oh! ¿cómo espero anhelante
su llegada!

ARIS. Es un instante
solamente; ya vendrá.

ING. Para esperar tuve aliento
todo un año sin morir,
pero no puedo sufrir
este terrible momento.

ARIS. Ya la fortuna te brinda
felicidad goza ahora
aquí le tienes, señora.
(*Voy á buscar á Gosvinda.*)
(*vase fondo derecha.*)

ESCENA VIII.

INGUNDA, HERMENEGILDO.

ING. ¡Hermenegildo!

HER.

ING.

¡Ingunda!

Mi deseo

cúmplase ya; tras noche tenebrosa
astro radiante de ventura veo;
eres tú, Hermenegildo? Oh! no lo creo.

HER. Hermenegildo soy, mi tierna esposa.
Mas tu rostro de lágrimas bañado,
demuestra el padecer que te atormenta;
oh! cuánto habrás sufrido, dueño amado!

ING. Quién! yo sufrir! Oh! no, no tengo en cuenta
de mi horrible penar el mal prolijo,
ni mi daño cruel, ni mi angustioso
dolor, todo lo sufro por el hijo
que Dios nos concedió, mi amado esposo.

HER. Oh! sin sentir los besos de su padre
en su frente infantil, y un año entero
vivir sin él, sin su adorada madre!
Camino estéril el destino fiero
me dió; senda de abrojos alfombrada
por donde va mi vida desdichada.

ING. ¿Y qué es el mal? El padecer amargo
si el destino feliz á ti me entrega?
¿Y qué importa el camino estéril, largo,

si á la felicidad al fin se llega?
 Por tan dulce momento,
 ¿qué importa todo un año de tormento?
 ¡Oh! de tormento, si; cuán desgraciada
 tu esposa fué, desde el horrible día
 que se vió de tu lado separada?
 El dolor, el martirio, la agonía,
 todas sus viles armas emplearon,
 todas sus falsas redes prepararon,
 todos sus lazos viles me tendieron
 para vencer mi amor! ¡Cuál se engañaron!
 Nada por fin, ¡oh! nada consiguieron;
 mas ah! mientras hollemos este suelo,
 llanto tan solo y padecer nos brinda
 nuestra suerte fatal; solo en el cielo
 nuestra ventura está, nuestro consuelo.
 Presa de los furios de Gosvinda,
 huérfana, sin tu apoyo, sin tu amparo,
 entre enemigos de la ley cristiana,
 sin la presencia de mi esposo caro,
 contempla si mi suerte fué tirana.
 ¿Y tú?

HER. ¡Yo! La fortuna me abandona;
 mi padre vencedor mi aliento humilla,
 y aunque ciñó mi frente la corona
 dentro de las murallas de Sevilla,
 el hado con sus armas infernales
 me venció; mis amigos me engañaron,
 mi esposa confié á los imperiales,
 y á mi padre, traidores, le entregaron.
 ¡A mi padre! Oh dolor! Quién me diría
 tres años ha que la guerrera espada
 el hijo contra el padre esgrimiría!
 ¡Suerte desventurada!
 Oh! si pudiera yo los duros lazos
 de su engaño romper, con qué presteza
 me arrojara en sus brazos,
 aunque arriesgase en ello la cabeza!

ING. Quién, tú morir? Jamás. Oh! ten por cierto
 que si en España faltan defensores,
 un padre tengo aun, y Sigisberto
 amansará los bárbaros rencores
 del rey; si llega mi doliente pena
 á saber, sus legiones en campaña
 pondrá el invicto duque de Lorena,
 y á sangre y fuego se entrará en España.
 Y recuerde tu padre, que en cercano
 tiempo vivió otro rey, que impunemente
 imaginó poner la osada mano
 en su esposa inocente.

Pensó vivir tranquilo, y á cubierto
 de la venganza, sobre el áureo trono,
 sobre el dosel resplandeciente y rico.
 Mas no contó tal vez con Childeberto,
 que derrumbó con sanguinario encono
 el soberbio dosel de Amalarico.
 Darte el trono tal vez, oh esposo, puedo.

HER. El sόlio mi deseo no ambiciona,
 no pisaré el alcázar de Toledo
 otra vez; ya renunció á la corona,
 reine feliz mi hermano Recaredo.
 Parte, parte al instante, al hijo mio
 quiero abrazar; huyamos silenciosos
 los tres, solos los tres, si, si, lo fio;
 viviremos cual nadie venturosos.
 Antes que el sol esparza sus reflejos,
 quiero de esta mansion de luto y pena
 huir, Ingunda.

ING. Partiremos lejos,

muy lejos, con mi padre, á mi Lorena;
 ¿no es verdad?

HER.

Si.

ING.

Y allí feliz, dichosa,
 solo en tu amor el pensamiento fijo,
 tierna madre seré, leal esposa;
 Hermenegildo, á Dios: voy por nuestro hijo.
 (vase izquierda.)

ESCENA IX.

HERMENEGILDO.

Anda! la suerte propicia
 conduzca, Ingunda, tu planta;
 quizá un término hallaremos
 á tan horribles desgracias.
 La noche es triste! La luna
 todo el firmamento aclara.
 ¡Oh! yo te vi, luna hermosa,
 en horas menos amargas;
 mi sien entonces el peso
 de una diadema adornaba.
 Yo vencedor conducía
 mi ejército á la batalla,
 y á mi regreso, mi padre
 en sus brazos me estrechaba.
 ¡Mi padre! Tal vez soñando
 con el furor que le abrasa,
 eche, pensando en su hijo,
 mano convulsa á la espada;
 mas oigo pasos... ¡Qué veo!
 Un guerrero se adelanta
 hácia este sitio; en el manto
 lleva la faz recatada:
 ocultémonos. (se emboza.)

ESCENA X.

HERMENEGILDO, RECAREDO, fondo derecha.

REC.

¿Quién va?

HER. Responda el hombre de armas,
 que á mi vez yo le pregunto
 también: ¿quién va?

REC.

(Cosa estraña!

Esa voz! ¡Ah! no es posible,
 no puede ser.

HER.

¿Qué se tarda?

(Recaredo se descubre.)

¡Recaredo!

REC.

¡Hermenegildo!

hermano mio, ¿qué causa
 á este parage te trae?

¿Sabes que nuestra madrastra
 por lograr tu perdicion
 mentiras inicuas fragua?

HER.

Ya lo sé; sé, hermano mio,
 que preso en sus torpes tramas
 el rey, porque no me atrevo
 á llamarle padre, trata
 de vengar con mi existencia
 una sospecha infundada.

REC.

Infundada, si, lo creo,
 conozco, hermano, tu alma,
 y se que abrigar no pudo
 esa vil pasion bastarda.

HER.

Recaredo... á ti bien puedo...
 Mas no, cumplir mi palabra
 á mi me toca tan solo:
 soy inocente, esto basta.

REC. Pero como en este sitio.

HER. Ay hermano! Eso te espanta?

No tengo en este lugar
toda mi familia amada,
á la esposa de mi vida,
al hijo de mis entrañas?

REC. Y te atreverás...?

HER. A todo!

Vengo por ellos; si tratan
de arrebatármelos, yo...!

REC. ¡Ah desventurado, calla,
y no esperes de tu padre
más que rencor y venganza.

HER. Venganza solo y rencor!

REC. Riesgo mayor te amenaza
todavía; tu cabeza
caerá, si con loca audacia
á él te entregas.

HER. Y esa, hermano,
es esa de un padre el alma?

REC. ¡Oh! no, no es suya la culpa;
le fascina, le embriaga
el amor de esa mujer.

HER. ¿Por qué aquella noche infausta
no me condenó á morir,
si despues pendones alza
contra mi? Digno pretesto
dió, Recaredo, á su causa;
por la religion combate,
contienda divina, santa,
que el borron del parricidio
quiere encubrir, mas no basta.
Pues bien, tambien yo combato
por la religion; mas alta,
mas digna empresa es la mia;
la religion sacrosanta
del Dios que espiró en la cruz
defiendo; ¡guerra sagrada!
verterá mi sangre, si,
si triunfa en las lides bravas,
mas la sangre de los mártires
el trono de Dios esmalta.

REC. Si, hermano mio, la lumbré
de tus ojos me declara
que la religion de Cristo
que se inmola por el que ama,
es la verdadera; quiero
ser defensor de su causa;
mas no oyes rumor? La reina
de tu presencia avisada,
viene á perderte, no hay duda;
pues á este lugar avanza
con el rey y con la corte.

HER. Vil traicion, horrible infamia.

REC. ¡Cielo! y no puedes salvarte!

(óyense otra vez los cánticos de los religiosos.)

Feliz idea!

(tira del cordon de la campana del convento.)

Voz. (dentro.) Quién llama?

REC. Abrid; un noble guerrero
hospitalidad demanda. (abren las puertas)
Entra pronto en el convento,
y si por ventura tratan
de sacarte, hermano mio,
te defenderá mi espada,
y no entrarán, no; primero
sobre mi cadáver pasan.

(éntrase Hermenegildo: las puertas se cierran: Re-
caredo se cala la visera, y se queda cruzado de bra-

zos en las escaleras del vestibulo del convento.)

ESCENA XI.

ARISBERTO, GOSVINDA, LEOVIGILDO, GUERREROS, hom-
bres de armas con antorchas, RECAREDO, en el vesti-
bulo embozado.

Gos. ¿Y en dónde dices que está?

ARIS. En este lugar estaba
ha un momento. (Al fin, fortuna,
al fin cumpliste mis ansias;
ya libre soy.)

Gos. Habrá huido!

ARIS. No es posible; aqui me aguarda;
ademas, del campamento
no puede salir.

LEO. Vengadas
veré por fin mis injurias!

Gos. Oh! Dios, las fuerzas me faltan,
y el alma incierta, vacila
en la duda y la esperanza;
¡mas qué idea! En el convento
sin duda...

LEO. Las puertas abran;
echad al punto por tierra
esas puertas.

(los hombres de armas se preparan á echar las puer-
tas abajo.)

REC. Nadie pasa;
atrás, villanos; si hay uno
que ose aqui poner su planta,
dará su vil existencia
á los filos de mi espada.
Atrás. (se descubre.)

Todos. ¡El principe!

Gos. ¡Cielos!

LEO. Quién tiene la loca audacia
de oponerse á mis mandatos?

Gos. Cumplid lo que el rey os manda.

REC. Juro por el Dios sagrado,
que antes que en esta morada,
de la religion asilo,
entre esa turba insensata,
perderé mil vidas.

Gos. Pronto,
á la fuerza.

REC. ¡Atrás, canalla!

LEO. Silencio, todos, silencio! (se adelanta.)

Recaredo, tu arrogancia
no quiere el paso ceder
á quien no es de tu prosapia;
bien; si tanto es tu valor,
si tu decision es tanta
que hasta las sagradas órdenes
de tu padre desacatas,
yo á tu vista me presento
arrojo ante ti las armas, (lo hace.)
á ver si tienes valor
para negarme la entrada.

REC. ¡Señor! mi rey y mi padre
eres; tus órdenes sacras
he de obedecer; mas mira
que á mi hermano es á quien guarda
mi diestra, mira que es tu hijo,
no con parricida mancha
empañes el blason puro
de tus guerreras hazañas.

LEO. ¡Recaredo!

REC. Mas si la orden

que de dar, señor, acabas,
quieres á efecto llevar,
mi espada rindo á tus plantas; *(lo hace.)*
esta espada vencedora
en mil reñidas batallas,
pisa, señor; ese acero
que con orgullo ostentaba
mi mano en servicio tuyo...
¡Ah! señor! veo las lágrimas
de la compasion brotar
en tus ojos; ¡oh! no es tanta
tu furia contra tu hijo;
perdona, señor!

ESCENA XII.

Dichos, HERMENEGILDO, saliendo del convento.

HER. No basta;
perdon, dásele al culpable;
aquí estoy, padre. *(se arrodilla.)*

LEO. ¡Oh! levanta,
levanta; tú eres mi hijo,
el hijo de mis entrañas;
ven á mis brazos, oh! ven,
Hermenegildo del alma.

GOS. *(Oh furor!)*

HER. ¡Oh padre mio!

LEO. Tanto tiempo de desgracias
debe cesar, un sol puro
ya nuestro horizonte aclara;
cese el militar estruendo,
cese la guerra tirana:
tú eres mi hijo, mi sangre;
¡ah! yo sentía en el alma
una voz dulce, paterna
que un pundonor falso ahogaba;
libre estás, Hermenegildo,
libre, tu padre te abraza,
tu rey te perdona; ¿quién,
quién no obedece al monarca?

HER. Ch señor! deja que humilde
bese tus egrégias plantas.

LEO. ¡A mis plantas, no, en mis brazos.

HER. En ellos tengo mi alma.

LEO. Partiremos á Sevilla,
y en el soberano alcázar
se adornará tu cabeza
otra vez con las preclaras,
con las brillantes insignias
que distinguen al monarca.
¡Sus! levántense las tiendas,
y en cuanto la lumbre clara
del sol esparza sus rayos,
comenzaremos la marcha.

*(étranse en la tienda del rey; Gosvinda y Arisberto
quédanse contemplando uno á otro.)*

ESCENA XIII.

GOSVINDA, ARISBERTO.

GOS. Qué me dices, Arisberto?

ARIS. Señora...

GOS. ¡Suerte cruel!
creer ya vengarme de él,
contar mi triunfo por cierto,
y á pesar de ese baldon
de que acusé á Hermenegildo,
poder mas en Leovigildo
que la afrenta, el corazon!

Arisberto, mi sosten
eres tú, vengame ahora.

ARIS. Si te he de vengar, señora,
tienes que escuchar tambien
la súplica respetuosa
que á elevar voy hasta ti.

GOS. Alcanzar mas quieres?

ARIS.

Si.

GOS. Fiebre te ataca ambiciosa!

¿Dime, en libertad no estás?

ARIS. Si.

GOS. Ese tu deseo no era?

ARIS. Si.

GOS. Pues entonces, qué espera
tu ambicion?

ARIS. Espera mas.

GOS. Mas espera!

ARIS. Si por Dios,
juntos nos puso el destino,
señora, por un camino,
y hemos de llegar los dos
hasta la cumbre do brilla
del sol la luz soberana.

GOS. Pero qué intentas?

ARIS.

Mañana

lo sabrás.

GOS.

Dónde?

ARIS.

En Sevilla.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon en el alcázar de Sevilla; en el fondo tres puer-
tas: la de enmedio está cerrada y se sube á ella por una
graderia. En las paredes se ven colgadas hachas, dagas,
espadas y armaduras; puertas laterales, mesa á la de-
recha.

ESCENA PRIMERA.

ARISBERTO, izquierda, Gosvinda, derecha, puertas
laterales.

GOS. Eres tú, Arisberto?

ARIS.

Yo;

qué es lo que anhelas, señora?

Has visto al rey?

GOS.

¡En mal hora!

ARIS. Qué, no te ha escuchado?

GOS.

No.

En vano en honra del trono
contra el príncipe dirijo
mi voz. Gosvinda, es mi hijo,
dice, y yo no le abandono.

Intento clemente ser,
cesen las penas, los daños,
bastante han sido tres años
de continuo padecer.

No quiero que mi memoria
quede despues de mi vida
con la mancha envilecida
del parricidio. — ¿Y tu gloria?
le dije; mas me miró
con la faz ceñuda, airada,
y sin responderme nada
en su cámara se entró.

ARIS. ¿Ya cederás?

GOS.

Yo ceder?

Ceder yo, dices y aun vivo!
No sabes cuan vengativo
es un pecho de muger.
Al ver que todo me falta,
al ver que mi pecho aduna
sus desgracias la fortuna,
mas mi delirio se exalta
y cifro mi vanagloria
en tramar mis planes ya;
cuanto mas luce, será
mas gloriosa la victoria!

ARIS. Pero qué harás?

Gos. Ha un momento
el rencor que el alma siente,
ha hecho cruzar por mi mente
un infernal pensamiento;
crimen es, pero el delito
mi deseo ha de colmar,
para mi intento lograr
de tu ayuda necesito.

ARIS. De mi ayuda!

Gos. Tú penetras
del tiempo la edad oscura,
tu mano esperta, segura,
imita firmas y letras,
con tan rara perfeccion,
con tan sagaz embolismo,
que el que escribió, piensa él mismo
que tuyas, no de otro son.

ARIS. Habla, ya lo que pretendes
entiendo; tal vez...

Gos. No es cierto;
son mis planes, Arisberto,
tales, que no los entiendes.

ARIS. Tu mente, reina, fraguó
el mostrar á Leovigildo
la letra de Hermenegildo
para que el rey crea...

Gos. No;
el rey convencido está
de su crimen horroroso,
y á mi pesar, cariñoso,
le ha perdonado; otro es ya
mi plan, la intriga es odiosa,
mas mi furor la acomete;
vas á escribir un billete
de la letra de su esposa,
de su difunta muger.

ARIS. De Teodosia?

Gos. Si, Arisberto,
y con misterio encubierto
has de dejar conocer...
(le habla al oído y le da un papel.)

ARIS. Ah! me asombra tu denuedo;
obedecer me está bien,
pero piensa que tambien
perderás á Recaredo.

Gos. Busca un medio tú, cualquiera,
para librarle; lo dejo
á tu ciencia.

ARIS. Te aconsejo
que pienses...

Gos. Locura fuera;
solo desprecio merezco
de Hermenegildo, bien, si;
Arisberto, escribe ahí.

ARIS. Ya, señora, te obedezco. (siéntase y escribe.)

Gos. (Cómplice de mi delito

mi crimen te causa espanto,
á mi tu aspecto, mas tanto
de tu ayuda necesito,
que por eso toleré
tu rostro fiero á mi lado;
en cuanto me haya vengado
para nada te querré.)
¿Concluiste? (alto.)

ARIS. Conclui,
toma. (dale la carta.)

Gos. Perfeccion estraña. (comparando los
dos papeles.)
¿á quién su forma no engaña?
(lee.) ¡Oh! muy bien, muy bien, así,
voy al punto, sin demora,
á hacer que á las manos llegue
del rey.

ARIS. Sufre que te ruegue
otra vez, alta señora,
este humilde servidor,
que tanta honra te ha debido
y á tus plantas ves rendido,
que le otorgues un favor!

Gos. Qué me quieres? Alza, empieza,
qué es lo que á tu afán se ofrece?

ARIS. Esta carta, bien merece
un titulo de nobleza.

Gos. ¡Noble! Estabas ha un momento
en la esclavitud hundido,
y levantas ya, atrevido,
á tanto tu pensamiento?
Tus sentidos deslumbrados
quieren poder, cargos, bienes;
¿y si te preguntan quiénes
fueron tus antepasados,
dime, ¿qué responderás?
Hijos viles del desierto
tus padres quizá, Arisberto,
no fueron libres jamás.
Osada es tu pretension;
¡oh! no lo esperes de mí!

ARIS. ¡Ah! desvanecida así
miro mi grata ambicion!

Gos. Yo sabré recompensar
tu modo de proceder;
por ahora es tu deber
obedecer y callar.

ARIS. ¿Puedo hacerlo por ventura?

A mi corazón, señora,
fiebre intensa le devora
y tras la dicha futura,
corriendo anhelante va
esta alma de fuego llena,
cuya maldita cadena
sin remedio romperá.
Ayer esclavo rogué,
hoy libre sumiso pido,
si mi ruego es desoído,
á mi ciencia apelaré.

Yo, reina, tus pensamientos
conozco, tus liviandades,
y servirán tus maldades
de escalon á mis intentos.
No, tu poder no me aterra,
sé de lo que soy capaz,
ahora elije, guerra ó paz?

Gos. ¡Me desafías! Bien, guerra.
Guerra pues; si á conceder
fuera tu altivo deseo,

estaria segun creo
siempre bajo tu poder.

No te engañó tu esperanza,
¡guerra! no me vuelvo atrás.
ARIS. A Dios, reina. (Ya verás
si es terrible mi venganza.) *(vase fondo dra.)*

ESCENA II.

GOSVINDA.

Y así su altivez tolero?
Arisberto, yo te juro
que no has de insultar impune
el honor del trono augusto.
Tengo en mis manos la carta
en que mi esperanza fundo;
el rey temblará al leerla,
y ese cariñoso influjo
que su hijo tiene sobre él,
tornaráse odio profundo.
Ahora aborrecimiento
tanto como amor no ha mucho!
Pero para conseguir
mis planes, para que al punto
esta carta vea el rey
¿qué haré? ¿qué haré? Si no triunfo,
quizá el suplicio me espera;
si el rey, que hasta hoy vive iluso
se desengaña por fin,
cercana mi muerte juzgo.
Y será feliz! oh rabia!
muy mal mi furor oculto;
¿cómo verá el rey el pliego?
¡Si encontrase medio alguno...!
Mas el rey viene á este sitio,
ea, astucia, disimulo,
dá término á mis deseos
y así mi venganza cumplo.

(arroja al suelo la carta.)

ESCENA III.

GOSVINDA, LEOVIGILDO.

LEO. Reina, eres tú? Desde mi régia estancia
á buscarte venia.

Gos. El soberano
que mantiene á sus órdenes sumisos
un número sin cuento de vasallos,
se digna dirigir su escelsa planta
hacia mi? ¡Tal honor!

LEO. Pues por acaso
si el sol sobre mi frente resplandece,
¿no eres, Gosvinda, tú, de aquellos rayos
vida y animación? ¡Oh! tras las penas
que en tiempos por mi mal tristes, aciagos,
tuve que padecer, dulce es, ¡oh reina!
hallar tranquila paz, sosiego grato.

Gos. ¡Tal dices! Tú la paz, tú que á la guerra
rindes adoración como á Dios santo!

LEO. Mi corazón bajo la férrea cota
palpita altivo en el sangriento campo;
la lanza empuño, y la ballesta tiendo,
y al par de capitán, firme soldado
el pomposo alarido de la guerra
duplica el brio mi animoso brazo.
Así venci de la Aquitania fiera
el valor indomable; así á los Vascos
que habitan impetuosos y arrogantes
las salvajes orillas del mar Cántabro.

mi yugo impuse, y la opulenta Roma
hónrase de tenerme por aliado.

Esos lauros, Gosvinda, me envanecen,
pero también mi frente ha circundado
otro lauro de horror; ¡hijo! hijo mío!
tu padre mismo el hierro sanguinario
levantó contra ti.—No, no, bien hice;
para los enemigos fui soldado,
padre soy para él, hijo de mi vida,
y para un padre tierno no hay agravios

Gos. No, no los hay, naturaleza impuso
sagrada obligación, tierno mandato,
y Dios premia al guerrero valeroso
y al padre amante en su recinto sacro.

LEO. Ese language!

Gos. Si, cuando á tus plantas
por su mismo cariño arrebatado
cayó, de mi razón la niebla espesa
despareciendo fué; vi que tres años
de horrible espiación, de afán continuo,
sin esposa, sin hijos, han bastado
para apagar tu amor.—De su delito
no quede ni aun recuerdo.

LEO. Mas me extraño
de tu acento, Gosvinda; pues tú misma
hoy en mi estancia...

Gos. Si, de tu arrebatado
paternal, quise hacer la última prueba;
no fuera que á su vista alucinado
el amor que mostraste, en odio inmenso
se trocara su crimen recordando.
Mas ya tranquila estoy; nos verá el mundo
de hoy mas unidos en estrecho lazo.

LEO. Ven á mis brazos. El Eterno quiere
darme hacia el fin de mis cansados años
solaz y bienestar, paz y sosiego.

Gos. A Dios.

LEO. Gosvinda, á Dios.
(reparando en el pliego.) Pero cerrado
un pergamino aquí... ¡raro suceso!
olvido fué tal vez.

(le toma y se le da á Gosvinda.)

Gos. *(después de haber leído.)* Destino infausto!

LEO. Tu turbación! tu palidez, anuncian
una horrible desgracia... algún arcano...

Gos. No le quieras saber! sobre tu frente
el Dios de las venganzas indignado,
su anatema lanzó, pues te castiga
de un modo tan cruel.

LEO. Habla, le aguardo
para sufrir la desventura; aun tiene
mi corazón firmeza.

Gos. ¡Desdichado!
mas vale, si, que para siempre ignores...

LEO. Quién osa resistir al soberano?
Gosvinda, el pergamino.

Gos. No, desprecio
tu furor.

LEO. Obedece mis mandatos.

Gos. No leas este pliego, Leovigildo;
yo te lo ruego, ¡oh rey!

LEO. Yo te lo mando.

Gos. A tus pies!..

LEO. ¡A mis pies! tú la culpable
serás sin duda; el pergamino infausto
una horrible maldad anuncia, un crimen
horroroso; si, si; y en tu turbado
y descompuesto rostro, reconozco

el crimen, la maldad.
 Gos. Nunca, si el hado
 quiere su perdicion, cúmplase el sino
 del infeliz; tú mismo, rey tirano,
 labras tu ruina, pero mi honra quede
 sin mancha, sin baldon.—Toma, insensato.
(dale el pergamino y vase.)

ESCENA IV.

LEOVIGILDO.

¡En mis manos está! vacilo, tiemblo,
 Incertidumbre atroz! Oh! no, leamos.
 Es de Teodosia, si, su misma letra,
 de mi esposa adorada! oh Dios! qué arcano!
(lee.) «Hijo querido, hácia la tumba helada
 por decreto de Dios guio mis pasos,
 y cuando en mis sentidos de la muerte
 siento estenderse el velo funerario.
 Quiero la última vez, Hermenegildo,
 ya que Dios el favor no me ha otorgado
 de oír tu voz en el postrer instante,
 revelarte un secreto...»

¡Oh Dios! me pasmo!

«Yo fui adúltera esposa; del monarca
 el nombre mancillé, que en otros lazos
 presa, rendime al amoroso fuego
 de mi primer cariño; tú, hijo amado,
 tú, Hermenegildo, mi querido hijo,
 eres el fruto de mi amor infausto,
 y no corre en tus venas de mi esposo
 la sangre real.»

¡Horror! destino bárbaro!

«Deja el supremo trono á Recaredo,
 que heredero legitimo y sagrado
 es del régio dosel.—A Dios.—Tu madre
 desde el cielo por tí queda rogando,
 Hijo, á Dios, no maldigas mi memoria
 y ama á tu madre, como yo te amo.»
 ¡Por fin tuve valor! hasta las heces
 el veneno bebi; quise en mi daño
 apurar de una vez tanto martirio.
 ¡Y yo le perdoné! Yo fui, insensato,
 quien por un falso amor, por un mentido
 cariño, seducido, alucinado,
 de honores le colmé, parti mi trono
 del crimen vil, con el espúreo vástago.
 ¡Oh! no será; la muerte! Si, la muerte;
 exhalará en un horrible cadalso
 el último suspiro... Asi me vengo.
 ¡Ola! no hay nadie aquí?

ESCENA V.

LEOVIGILDO, RECAREDO, *fondo izquierda.*

REC. Señor, turbado
 el rostro tienes, la color perdida;
 dime, ¿qué nueva pena ó sobresalto...

LEO. Eres tú, Recaredo, tú, hijo mio!

REC. Señor...

LEO. ¡Oh! ven aquí, ven á mis brazos;
 tú eres el solo hijo que me resta;
 no me le arrancarán de mi regazo.

REC. ¡El solo! oh no, felicidad eterna
 te guarda el cielo; tus viriles años
 pasarán de victorias y de triunfos
 con el verde laurel glorificados,
 y cuando rinda la vejez, ¡oh padre!
 el firme impulso del valor innato

que arde en ti, recordando tus proezas,
 vivirás con tus hijos, con mi hermano.

LEO. Tu hermano! No le nombres; ¡oh te engañas!
 risueño el porvenir me has retratado,
 mas cuan diverso, ¡oh Dios!

REC. Qué estás diciendo?

LEO. En vez del dulce y familiar descanso,
 un recuerdo cruel, terrible, fiero,
 del averno voraz, horrible parto,
 una memoria lúgubre, espantosa,
 vendrá á lanzar su penetrante rayo
 su siniestro fulgor, ¡oh Recaredo!
 sobre el espejo fiel de lo pasado.
 En vez de días de placer y gloria
 tendré siempre á mi vista y á mi lado
 del adulterio la horrorosa imagen,
 de la venganza atroz el rudo pasmo,
 y la antorcha del crimen pavorosa
 alumbrará tan tenebr so cuadro.

REC. Deliras, padre!

LEO. Delirar! pluguiera
 al cielo fuera sueño mi quebranto.

REC. Pero qué nueva pena?..

LEO. *(dándole el pergamino.)* Toma y lee.

REC. Cielos! Será verdad? Oh yo rechazo
 impostura tan vil.

LEO. Hijo! hijo mio,
 terrible verdad es.

REC. Y cómo? Cuando
 pudo ser esto cierto? No! Mi madre
 de pureza y virtud siempre dechado
 fué, y aunque miro en tan fatal escrito
 su propia firma, dudo sin embargo.

LEO. Dudas? Yo no; flaqueza, cobardia
 ha sido el contenerme tanto espacio;
 de Leovigildo el corazon valiente
 rindióse un punto á su destino infausto,
 mas su valor, su intrepidez recobra;
 del honor obedezco los mandatos;
 muera el retoño vil del adulterio,
 muera, y á ti, hijo mio, á ti te encargo
 que mis órdenes cumplas.

REC. ¡A mi, padre!
 Oh, no, jamás!

LEO. ¿Qué escucho? El desacato
 á tanto llega? El padre no lo manda,
 lo manda inexorable el soberano,
 y has de cumplir su voluntad!

REC. Oh! nunca!

LEO. De padre ya los cariñosos lazos
 no me unen á él.

REC. Verdad es, padre;
 tu hijo no será, pero es mi hermano.

LEO. Oh! si.

REC. Mi hermano es; transcurrir vimos
 juntos de la niñez los tiernos años;
 entrambos por tu nombre y tu grandeza
 con valor entusiasta peleamos
 juntos, ciñó la suerte á nuestras frentes
 de la victoria los gloriosos lauros,
 y al ser de padre tal hijos queridos,
 venturosos, señor, nos contemplábamos.
 Y quieres tú que yo .. Señor, la muerte
 mil veces respetuoso aquí la aguardo.

LEO. Vete, déjame solo.

REC. ¡Oh padre mio!

LEO. Vete.

REC. El cielo, señor, mire apiadado
 tu penar. (Voy á ver á Hermenegildo,

podré tal vez de su furor salvarlo.)

ESCENA VI.

LEOVIGILDO, despues GOSVINDA.

Gos. (Ahora me toca á mi.)

LEO. No hay piedad, mientras creia
que los paternos lazos
con ese traidor me unian;
venció el cariño al deber,
mas cuando veo perdidas
mis ilusiones, y miro
mi opinion envilecida,
ni compasion ni clemencia
mi irritado pecho abriga.

Gos. Ah! qué acabas de decir?
Tu hijo..

LEO. Calla, no prosigas,
y no llares hijo mio
al que mi nombre mancilla.

Gos. ¡Oh Leovigildo, los cielos
en ti derraman sus iras;
y ahora, qué piensas hacer?

LEO. ¿Eso preguntas, Gosvinda?
Si en el lugar en que me hallo
te encontrases, di, qué harías?

Gos. Yo!

LEO. Si, responde.

Gos. Señor...
ignoro... yo...

LEO. Tú vacilas?
Yo no; la muerte merece;
solo la muerte me limpia
del afrentoso borron
que echó sobre mi la impia.

Gos. La muerte! Piénsalo bien.

LEO. Oh! tu compasion me irrita;
la muerte, si.

Gos. Verdad es
que Hermenegildo sabia
su nacimiento, y con todo
sentóse en la régia silla.
Verdad es que no creyendo
tan infame, tan inicua
su accion, pues no eras su padre,
puso su adúltera vista
sobre mi, creyendo el misero
que yo su afan cumpliria.
Es cierto que alzó pendones
contra su rey; que en Sevilla
se hizo proclamar monarca,
y sin temer la divina
cólera, su religion
cambió por otra distinta,
dando egemplo asi á tu reino
de una odiosa apostasia;
pero, señor, la clemencia,
aunque flaqueza podria
llamarse, es la que te impide
que el furioso acero esgrimas
contra el que, hijo idolatrado,
creiste toda tu vida.

LEO. En vano intentas calmarme;
odio, venganza respira
mi pecho; cruel venganza
que el fiero dolor alivia.
No hay que vacilar; al punto
que prenda á ese hombre, y sirva
su castigo de egemplar

á los venideros dias,
y que en cuanto se le prenda
en esa estancia contigua
se le encierre, y que el verdugo
descargue en él su cuchilla. (se sienta y escri-
be.)

Gos. ¿Qué es lo que haces?

LEO. Escribo
la orden de su muerte.

Gos. ¡Y firmas!

LEO. Ya está firmada.

Gos. Señor,
de piedad un resto abriga
aun tu pecho: su perdon!

LEO. Nunca.

Gos. Pues bien, la justicia
su inexorable poder
descargará.

LEO. Si, tranquila
mi conciencia quedará,
y el esplendor conque brilla
mi fama, no ha de empañarse
al nombre de parricida.

Gos. No es él tan solo, señor,
el que merece esa indigna
muerte, que de otro tambien
debe concluir la vida.

LEO. ¿De quién?

Gos. Yo tuve un esclavo
y en su lealtad creia,
pero el traidor, el villano,
con fiera intencion inicua,
al par que yo le ensalzaba
falsamente me vendia,
y he descubierto que es cómplice
de Hermenegildo.

LEO. Mis iras
han de cebarse en los viles
que á mi deshonor conspiran;
muera tambien.

Gos. (Arisberto,
(se sienta á escribir. Ap.)
ya que la guerra querias,
veremos si de esta vez
tu mucha ciencia te libra.)
La orden. (entregándosela.)

LEO. Tómala pues.
(dándosela firmada.)

Gos. (Triunfé!) Pero si la vista
no me engaña, Hermenegildo
á este sitio se aproxima;
trémulo, turbado viene.

LEO. ¡Oh! que no entre, Gosvinda,
no quiero verle.

Gos. Señor...

LEO. No, no, su aspecto me irrita.

Gos. Voy á detenerle.

LEO. Corre. (vase Gosvinda.)

Ya llega; la reina misma
le enseña la orden de muerte;
vacilará? No vacila!
Ah, ya me ha visto! Los guardias
atropella, y se encamina
á este sitio, despreciando
mi orden; me ciega la ira!

ESCENA VII.

LEOVIGILDO, HERMENEGILDO.

HER. Gracias al cielo doy.

LEO. ¡Hermenegildo!
Y te atreves, traidor, en mi presencia...?

HER. En tu presencia, sí, rey Leovigildo,
con mi honor, con mi fé, con mi inocencia.

LEO. ¡Tu inocencia, tu honor! Al cielo plugo
demostrar tus deseos criminales.

HER. De la suerte cruel al fiero yugo
sometidos estamos los mortales,
lo sé, y aunque inocente, no es extraño
que por lograr mi daño
te incite, sí, tu bárbara fiereza,
á entregar al verdugo mi cabeza.

LEO. Silencio; tu palabra engañadora
no me ha de seducir; del vil delito
eres espúreo fruto; la traidora
lo ha confesado aquí, mira este escrito,
mirale, su maldad en él confirma,
esta su letra es, esta su firma;
cómo puedo dudar? Oh! no, al momento
quien usurpar ha osado la grandeza
del soberbio dosel, para escarmiento
que pague su maldad con su cabeza.

HER. Pero antes de morir, quiero impulsado
por un deber sagrado,
el infame borron que torpemente
mancilla de mi madre el honor puro
lavar, pues su limpieza no consiente
mancha liviana ni baldon impuro.
Nunca ese escrito que en tu mano ahora
ultraja una memoria tan querida,
ví, ni lei; forjóle una traidora
venganza, por el crimen impelida.
Duda no tengo, padre; y cómo puedo
dudar al recordar horrorizado
que hace tres años ya, cuando á Toledo
volviste de laureles coronado,
que ultrajando tu gloria torpemente
de su horrible pasion la reina esclava,
me hizo saber su amor, su amor vehemente
que tu preclaro nombre deshonoraba?

LEO. Y por ventura tan inicuo engaño
piensas tú que creeré? ¿Si tal supiste,
por impedir entonces mal tamaño,
por qué su loco amor no descubriste?

HER. Por qué dices, señor? La fiera herida
que se hacia á tu honor, pudo esponerte
á perder la razon, y hasta la vida;
y á tu desgracia preferí mi muerte.

LEO. Y ahora no temes que dolor tan fiero
mi vida esponga?

HER. Pero tengo, padre,
deber sagrado que cumplir primero,
y ese deber es la honra de mi madre.

LEO. No, Hermenegildo, con tu acento falso
no has de librarte, no.

HER. Venga el cadalso,
venga el suplicio pues; piensas que el miedo
hará doblar mi frente? No se humilla
mi altivez de ese modo; con desnudo
aguardará mi cuello la cuchilla;
pero al morir, señor, el pueblo todo
mi inocencia sabrá, rey Leovigildo,
alto monarca del imperio godo;
tú escucharás la voz de Hermenegildo,
y esta será la voz de tu conciencia,
será la voz que amargaré tu vida,
pues ni la mas austera penitencia
la culpa lavará del parricida,
del parricida, sí.

LEO. Calla, bastardo.

HER. Acaso tu poder es grande y fuerte?
Qué ha de valer, oh rey, si me resguardo
en la régia morada de la muerte?

LEO. De la muerte; sí, sí, justo castigo.
Oh! si al saber el horroroso arcano
que te tornó de hijo en enemigo,
le hubieras confiado al soberano!
Tal vez, tal vez en su bondad suprema
delitos tan horribles perdonara,
aunque de tu cabeza la diadema
monarca justiciero arrebatara!
Pero ultrajar mi honor para vengarte!
Pero tramar tan bárbaro artificio
por lograr en mi trono conservarte,
qué castigo merece? Perdonarte
no me es posible, no; marcha al suplicio!
Hola!

(salen guardias por el fondo izquierda, Gosvinda con ellos: entretanto Hermenegildo se dirige á su padre.)

HER. Señor, á Dios; del vil encono
víctima soy. A Dios; mi pie dirijo
del Supremo Hacedor al régio trono,
mas la última palabra de tu hijo
escucha. (á Gosvinda.) Te desprecio. (á Leovigildo.) Te perdono.

Gos. (Segura es mi venganza, el triunfo es cierto,
Hermenegildo ya, falta Arisberto.)
(vanse por el fondo izquierda, escepto Leovigildo que se va por la puerta lateral de la derecha.)

ESCENA VIII.

ARISBERTO, foro derecha.

La guerra aceptaste? Bien,
al furor que en ti se encierra,
le cuadra mejor la guerra,
yo la deseo tambien.
Pero una guerra será
tan obstinada, tan fuerte,
que solamente la muerte
darla conclusion podrá.
Y pues mi ciencia penetra
la oscura edad, por mi fé,
como otra letra imité,
asi he imitado tu letra;
y la misma ruin accion
conque al príncipe ha perdido,
tu corazon maldecido
ha de ser tu perdicion.

ESCENA IX.

ARISBERTO, INGUNDA.

ING. ¿En dónde mi esposo está?
Villanos, viles, traidores.

ARIS. Ingunda!

ING. De sus furores
víctima ha sido quizá.
¡Oh! no le encuentro. ¿Quién eres?
¿Sabes dónde está mi esposo?

ARIS. Ingunda!

ING. Dios poderoso!
Habrá perecido!

ARIS. Quieres
vengarte, señora?

ING. Yo!

ARIS. Si, si, Gosvinda quizá

en este momento ya
estará vengada.

ING. Oh!
Habrá mayor desventura?
Pero habla, que intentas, di,
puedo fiarme de ti?
Me serás fiel? Oh tortura!

ARIS. Quizás del crudo destino
sufra ya la impia ley,
pero si le amas, al rey
entrega este pergamino;
el único medio es
de que si es tiempo, señora,
le salves, y si es ahora
tarde, le vengues despues.

ING. Oh, trae!

ARIS. Cumpli mi intencion, *(se le da, ap.)*
y si la suerte me es fiel,
verá el rey ese papel,
y entonces...

*(al ir á salir se le presentan dos guardias, y le
dice uno:)*

GUAR. Date á prision.

ARIS. Yo á prision, villanos!

GUAR. Si.

ARIS. Oh suerte vil, me perdiste;
venciste, reina, venciste,
pero yo tambien venci. *(se le llevan.)*

ESCENA X.

INGUNDA.

¡Es la letra de Gosvinda!
Aqui su amoroso afan
demuestra; todo su plan
en este papel deslinda;
su amor hácia Hermenegildo
que solo desden alcanza,
sus furores, su venganza.
Oh! dónde está Leovigildo?
Dónde está el rey?

ESCENA XI.

INGUNDA, LEOVIGILDO.

ING. Gran señor,
á tus plantas hoy imploro
sumida en amargo lloro
que me otorgues un favor.

LEO. Aparta! tambien la suerte,
desgraciada, te alcanzó,
pero pronto estaré yo
vengado; pronto su muerte
vengará su crimen falso,
su fiero engaño traidor.

ING. ¡Cómo! la muerte, señor!

LEO. Ya se dirige al cadalso;
del verdugo la cuchilla
sobre su cabeza está.

ING. ¡Cielo!

LEO. Asi se lavará
de mi honra la mancilla.

ING. ¡Oh! deten tu enojo ciego,
mira, rey, que el que ahora espira
es tu hijo.

LEO. Mientes.

ING. Mira,
mira, señor, este pliego!

LEO. Oh! desventura mayor

me guarda la suerte fiera!

ING. Señor, impide que muera,
es inocente, señor.

LEO. Veamos. *(lee.)* ¡Dios soberano!
oh! si, mi desdicha es cierta.

(arrojándose á la puerta de enmedio del foro.)

Abrid, abrid esa puerta,
soy un verdugo, un tirano.

ING. La orden no se retarde,
libertarle es lo primero.

LEO. Abrid, abrid; mas qué espero?
yo mismo abriré...

*(coge un acha de armas al tiempo que la puerta se
abre y aparecen, el verdugo con la cuchilla, Gosvin-
da, nobles, y el tronco del cuerpo de Hermenegildo.)*
Oh! ya es tarde!

ESCENA XVIII.

GOSVINDA, Caballeros, el Verdugo, y el tronco de
Hermenegildo que se verá en el suelo dentro de la es-
tancia del fondo. En el tablado LEOVIGILDO é INGUNDA.

ING. Oh Dios! yo espiro! *(cae en un sillón.)*

Gos. Ya, oh rey,
vengaste tu honra perdida,
tu venganza está cumplida
por el brazo de la ley.
El que así ultrajar le plugo
del trono la magestad,
por castigo á su maldad
dé su cabeza al verdugo.

LEO. Si, reina, y sin que me rinda
temor alguno ó flaqueza,
ten, verdugo, otra cabeza.

Gos. ¡Otra! ¿cuál?

LEO. La de Gosvinda.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
DEL REINO.—Aprobada en sesion del 3 de oc-
tubre de 1849.—Baltasar Anduaga y Espino-
sa.—Es copia del original censurado.

Madrid, 1849.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.

Inc. Oh, trael
Ana. Cumpli mi intencion (re te da, op.)
y si la suelte me es fiel
vaya el rey ese papel
y entonces...
(al ir a salir se le presentan dos guardias, y le dice uno.)
Guar. Date a prision.
Ana. Yo a prision, villanos!
Guar. Si.
Ana. Oh suerte vil, me perdiste;
venciste, reina, venciste,
pero yo tambien vencel (se le llevan)

ESCENA X.

Inc. Es la letra de Gosvinda!
Aqui su amoroso afan
demuestra; todo su plan
en este papel descubierto
su amor hacia Hermenegildo
que solo desden alcanzo;
sus furor, su venganza
Oh! donde esta Leovigildo?
Donde esta el rey?

ESCENA XI.

Inc. Inocent, Leovigildo.

Inc. Gran señor
¿tus plantas hoy imploro
sumida en amargo dolor
que me otorgues un favor.
Inc. Aparte! tambien la suerte
desgraciada, se alcanzo,
pero pronto estare yo
vengado; pronto sumiente
vengara su crimen talco
su fiero engaño traidor.
Inc. ¿Cómo! la suerte, señor!
Leo. Ya se dirige al cadalso;
del verdugo la cuchilla
sobre su cabeza cae.
Inc. ¡Cielos!
Leo. Asi se lavara
de mi honra la mancha.
Inc. ¡Oh! deben tu ciego ciego
mira, rey, que el que ahora espita
es tu hijo.
Inc. Mientes.
Leo. Mira, señor, este pliegote
Leo. Oh! desventura mayor

Inc. Señor, impide que muera
es inocente, señor.
Leo. Vengame (lee). ¡Dios sabedme!
Oh! si mi desdicha es cierta
(arrojándose a la puerta de camastro del foro)
Abrid, abrid esa puerta,
soy un verdugo, un tirano
Inc. La orden no se retarda
libertarle es lo primero.
Leo. Abrid, abrid, mas que repere
yo mismo abrido...
(coge un codo de curul al tiempo que la puerta se
abre y aparecen el verdugo con la cuchilla, Gosvin-
da, nobles, y el tronco del cuerpo de Hermenegildo.)
Oh! ya es tarde!

ESCENA XVII.

Gosvinda, Caballeros del Rey, y el tronco de
Hermenegildo que se corra en el suelo dentro de la es-
tupida del fondo. En el fondo se ven los sillas.

Inc. Oh Dios! yo espíro! (cae en un sillón)
Leo. Si, oh rey.

Gos. Vengaste tu honra perdida,
tu venganza está cumplida
por el brazo de la ley.
El que así ultrajó lo pingo
del trono la magestad
por castigo a su maldad
de su cabeza al verdugo.
Leo. Si, reina, y sin que me rinda
tamez alguno ó flaqueza,
ten, verdugo, otra cabeza.
Gos. ¡Gloria, gloria!
Leo. La de Gosvinda.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
DEL REINO. — Aprobada en sesion del 3 de oc-
tubre de 1849. — Ballester, Andueza y Espino-
sa. — Es copia del original conservado.

1849

IMPRESA DE VICENTE DE LALANA.

Calle del Duque de Alba, núm. 15.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

- A un tiempo amante y hermana, t. 1.
 Abadía (la) de Penmarck, t. 3.
 Alquería (la) de Bretaña, t. 5.
 Agiotage (el) ó el oficio de moda, t. 5.
 Ansias matrimoniales, o. 1.
 Andalúz (el) en el baile, o. 1.
 A las máscaras en coche, o. 3.
 Aventurero (el) español, o. 3.
 Arquero (el) y el Rey, o. 3.
 A tal acción tal castigo, o. 5.
 Azules de una privanza, o. 4.
 Amante y Caballero, o. 4.
 —A cada paso un acaso, ó el caballero,
 o. 5.
 Amor y Patria, o. 5.
 A la misa del gallo, o. 2.
 —Al borde del abismo, t. 1.

 Barbera (la) del Escorial, t. 1.
 Beltrán el marino, t. 4.
 Batalla (la) de Clavijo, o. 1.
 Benvenuto Cellini, ó el poder de un
 artista, o. 5.
 —Boda (la) y el testamento, t. 3.

 Conciencia (la) sobre todo, t. 3.
 Confidente (el) de su mujer, t. 1.
 Cocinera (la) casada, t. 1.
 Con todos y con ninguno, t. 1.
 Camaristas (las) de la Reina, t. 1.
 César, ó el perro del castillo, t. 2.
 Corregidor el de Madrid, t. 2.
 Caballero (el) de Griñón, t. 2.
 Cuando quiere una mujer!! t. 2.
 Casarse á oscuras, t. 3.
 Clara Harlow, t. 3.
 Corona (la) de Ferrara, t. 5.
 Colegiales (las) de Saint-Cyr, t. 5.
 Castillo (el) de S. Mauro, t. 5.
 Cautivo (el) de Lepanto, o. 1.
 Cantinera (la), o. 1.
 Coronel (el) y el tambor, o. 3.
 Con sangre el honor se venga, o. 3.
 Cruz (la) de la torre blanca, o. 3.
 Conquista (la) de Murcia, por don Jaime
 de Aragón, o. 3.
 Caudillo (el) de Zamora, o. 3.
 Como á padre y como á rey, o. 3.
 Calderona (la), o. 5.
 Cuánto vale una lección! o. 3.
 —Campolis ó las grandes pasiones, t. 2.
 Conde (el) de Monte-Cristo, primera
 parte, t. 10 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5.
 Castillo (el) de S. German, ó delito
 y espionaje, t. 5.

 Condesa (la) de Senecey, t. 3.
 Caza (la) del Rey, t. 1.
 Ciego (el) de Orleans, t. 4.
 Capilla (la) de S. Magin, o. 4.
 Criminal (el) por honor, t. 4.
 Conciencia (la) sobre todo, t. 3.
 —Cardenal (el) Cisneros, o. 5.

 D. Canuto el estanquero, t. 1.
 Derecho (el) de primogenitura, t. 1.
 Dos contra uno, t. 1.
 Doctor (el) Capirote, t. 1.
 Dos maridos (los), t. 1.
 Diabolo (el) nocturno, t. 2.
 Dos noches, ó un matrimonio por
 agradecimiento, t. 2.
 —Dos épocas (las), ó el republicano
 generoso, t. 2.
 Diabolo (el) y la bruja, t. 3.
 Deshonra por gratitud, t. 3.
 —Desposada (la), t. 3.
 Doctor (el) negro, t. 4.
 Diabolo (el) en Madrid, t. 5.
 Dama (la) en el guarda-ropa, o. 1.
 Dos y ninguno, o. 1.
 De Cádiz al Puerto, o. 1.
 Desengaños de la vida, o. 3.
 Doña Sancha, ó la independencia de
 Castilla, o. 4.
 Desprecio (el) agradecido, o. 5.
 Don Juan Pacheco, o. 5.
 D. Ramiro, o. 5.
 Diabolo (el) enamorado, o. 3.
 Diabolo (el) son los nietos.
 D. Fernando de Castro, o. 4.
 Dos y uno, t. 1.
 Donde las dan las toman, t. 1.
 —De dos á cuatro, t. 1.
 —Doctorcito, (el) t. 1.
 Dos noches, t. 2.
 Diabolo (el) familiar, t. 3.
 —Dios (el) del siglo, t. 5.
 Dieguiyo patá de anafe, o. 1.

 —El eclipse, o. 3.
 En la falta vá el castigo, t. 5.
 Engaños por desengaños, o. 1.
 Estudios históricos, o. 1.
 Es el demonio!! o. 1.
 En la confianza está el peligro, o. 2.
 Entre cielo y tierra, o. 1.
 El Dinero!!, t. 4.

 Fausto de Underwal, t. 5.
 Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.
 Feria (la) de Ronda, o. 1.

 Favorito (el) y el Rey, o. 3.
 Felicidad (la) en la locura, t. 3.

 Guarda-bosque (el), t. 2.
 Guante (el) y el abanico, t. 3.
 Gustavo III ó la conjuración de Suecia,
 t. 5.

 Hija (la) del bandido, t. 1.
 Hijo (el) de mi mujer, t. 1.
 Hija (la) de mi tío, t. 2.
 Hermana (la) del soldado, t. 5.
 Hermana (la) del carretero, t. 5.
 Huérfanas (las) de Amberes, t. 5.
 Hija (la) del Regente, t. 5.
 Hermano (el) del artista, o. 2.
 Hijas (las) del Cid y los infantes de
 Carrion, o. 3.
 Hasta los muertos conspiran, o. 3.
 —Hombre (el) azul, o. 5 cuadros.
 Honor (el) de un castellano y deber de
 una mujer, o. 4.
 Honores rompen palabras, ó la ac-
 ción de Villalar, o. 4.
 Herencia (la) de un trono, t. 5.
 Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.
 —Hijo (el) de su padre, o. 3.

 Inventor, bravo y barbero, t. 1.
 Intrigas (las) de una corte, t. 5.
 Ilusiones, o. 1.
 Ilusión (la) ministerial, o. 3.

 Jorge el armador, t. 4.
 Joven (la) y el zapatero, o. 1.
 ¡Jú que jembra, o. 1.
 José María, ó vida nueva, o. 1.
 Juan de las Viñas, o. 2.
 Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
 Jacobo el aventurero, o. 4.
 Julian el carpintero, t. 3.
 Juana Grey, t. 5.
 Juventud (la) del emperador Carlos V,
 t. 2.

 Lazo (el) de Margarita, t. 2.
 Luchar contra el destino, t. 3.
 Leñador (el) y el ministro, ó el testa-
 mento y el tesoro, 6 cuadros.
 Ley (la) del embudo, o. 1.

Luchar contra el sino. (vease Sortija del Rey), o. 3.
 Los dos Fóscares, o. 5.
 —Leonardo el peluquero, t. 3.
 Lo primero es lo primero, t. 3.
 Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.
 Los contrastes, t. 1.

Maestro (el) de escuela, t. 1.
 Muger (la) eléctrica, t. 1.
 Mas vale tarde que nunca, t. 1.
 Marido (el) de la Reina, t. 1.
 Muerto civilmente, t. 1.
 Mudo (el) por compromiso ó las emociones, t. 1.
 Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
 Modista (la) alférez, t. 2.
 Mi vida por su dicha, t. 3.
 Mosqueteros (los) de la Reina, . 3.
 Mano (la) derecha y la mano izquierda, t. 4.
 Misterios (los) de París, primera parte t. 6 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
 Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.
 Mosqueteros (los), t. 6. cuadros.
 Médico (el) negro, t. 7 cuadros.
 Mercado (el) de Londres, t. id.
 Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, t. 9 cuadros.
 Marinero (el), ó un matrimonio repentino, o. 1.
 Mateo el veterano, o. 2.
 Médico (el) de su honra, o. 4.
 —Médico (el) de un monarca, o. 4.
 Marquesa (la) de Savannes, t. 3.

Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza, t. 2.
 Novio (el) de Buitrago, t. 3.
 No la de tocarse á la reina, t. 3.
 Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemex, t. 5.
 Noche (la) de S. Bartolomé de 1572, t. 5.
 Nudo (el) Gordiano, t. 5.
 Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.
 Noche y día de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.
 No hay miel sin hiel, o. 3.
 No mas comedias, o. 3.
 No es oro cuanto reluce, o. 3.
 No hay mal que por bien no venga, o. 1.

Oso (el) blanco y el oso negro.

Paje (el) de Woodstock, t. 1.
 Percances de la vida, t. 1.
 Pupila (la) y la péndola, t. 1.
 Perder y ganar un trono, t. 1.
 Protegida (la) sin saberlo, t. 2.
 Pasteles (los) de Maria Michon, t. 2.
 Prusianos (los) en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.
 —Páris el gitano, t. 5.
 Pacto (el) sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.
 Paraguas y sombrillas, o. 1.
 Perder el tiempo, o. 1.
 Posada (la) de Currillo, o. 1.
 Perla (la) sevillana, o. 1.
 Premio (el) grande, o. 2.
 Perder fortuna y privanza, o. 3.
 Pobreza no es vileza, o. 4.
 Pacto (el) con Satanás, o. 4.
 Peregrino (el), o. 4.
 Primera (la) escapatoria, t. 2.
 Premio (el) de una coqueta, o. 1.
 Prueba (la) de amor fraternal, t. 2.
 Pena del talion (la) ó venganza de un marido, o. 5.
 Piloto (el) y el Torero, o. 1.
 Poder (el) de un falso amigo, o. 2.
 Pomada (la) prodigiosa, t. 1.

—Quién era? o. en 1.

Raptor (el) y la cantante, t. 1.
 Rey (el) de los criados y acertar por carambola, t. 2.
 Robo (el) de un hijo, t. 2.
 Reinar contra su gusto, t. 3.
 Reina (la) Sibila, o. 3.
 Reina (la) Margarita, o. en 6 actos.
 —Rey (el) martir, o. 4.
 Rey (el) hembra, t. 2.
 Rabia de amor!! t. 1.
 Rueda (la) del coquetismo, o. 3.
 Rey (el) de copas, t. 1.
 Roberto Hobart, ó el verdugo del Rey, o. 3 actos y prólogo.

Soldados (los) del rey de Roma, t. 2.
 Si acabarán los enredos? o. 2.
 Seductor (el) y el marido, t. 3.
 —Sin muger y sin empleo, o. 1.

Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.
 Templarios, (los) ó la encomienda de Aviñon, t. 3.
 Tarambana (el), t. 3.

Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.
 Tio (el) y el sobrino, o. 1.
 Trapero (el) de Madrid, 4.
 Tigre (el) y el toro, o. 1.
 Taza (la) rota, t. 1.

Vida (la) por partida doble, t. 1.
 Viuda (la) de 15 años, . 1.
 Vivo (el) retrato t. 3.
 Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.
 Valentina Valentona, o. 4.
 Victima (la) de una vision, t. 1.

Un buen marido! t. 1.
 Un cuarto con dos camas, t. 1.
 Un Juan Lanas, t. 1.
 —Una muchachada! t. 1.
 Usurero (el) t. 1.
 Una cabeza de ministro, t. 1.
 Una noche á la intemperie, t. 1.
 Un bravo como hay muchos, t. 1.
 Un diablillo con faldas, t. 1.
 Un pariente millonario, t. 2.
 Un avaro, t. 2.
 Un casamiento con la mano izquierda t. 2.
 Un padre para mi amigo, t. 2.
 Una broma pesada, t. 2.
 Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.
 Un día de libertad, t. 3.
 Uno de tantos bribones, t. 3.
 Una cura por homeopatía, t. 3.
 Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.
 Un error de ortografía, o. 1.
 Una conspiracion, o. 1.
 Un casamiento por poderes, o. 1.
 Una actriz improvisada, o. 1.
 —Un tio como otro cualquiera, o. 1.
 Un motin contra Esquilache, o. 3.
 Un corazon maternal, t. 3.
 Ultimo (el) amor, o. 3.
 Una noche en Venecia, o. 4.
 Un viaje á América, t. 3.
 Un hijo en busca de padre, t. 2.
 Una estocada, t. 2.
 Un matrimonio al vapor, o. 1.

Yo por vos y vos por otro! o. 3.

Zapatero (el) de Lóndres, t. 3.

Las Comedias cuyos titulos tienen una rayita, aun no están impresas, pero lo van siendo sucesivamente.